Pura Obsesión

CORAZONES DE HIELO



EVA LUNA RAY

Pura obsesión

El portero que lo observa todo, la cámara que no miente y una obsesión sin filtros.

Corazones de hielo
Eva Luna Ray

© **2026, Eva Luna Ray.** Todos los derechos reservados.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución o transformación de esta obra sin la autorización previa de la autora. El respeto a la propiedad intelectual permite que las historias sigan latiendo y que el hielo siga ardiendo.

Nota de la autora: Esta novela es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad, jugadores de la liga o eventos deportivos es pura coincidencia o fruto del azar de las mareas.

La serie **«Corazones de Hielo»** es una colección de refugios literarios diseñados para celebrar la fuerza, la redención y el amor que sana incluso las cicatrices más profundas del pasado. Estas páginas son una invitación a detener el tiempo, un viaje sensorial por la intensidad de la pista y un encuentro con lo que de verdad importa.

Gracias por iniciar este viaje conmigo por los rincones más fríos —y a la vez más cálidos— de nuestra geografía emocional. Que la bruma te sea leve y el corazón encuentre, por fin, su puerto seguro.

Índice

Capítulo 1: El destello en la grada
Capítulo 2: Ángulo muerto
Capítulo 3: Propiedad de los Blizzard
Capítulo 4: Enfoque manual
Capítulo 5: Revelado nocturno
Capítulo 6: La foto prohibida
Capítulo 7: Juego de sombras
Capítulo 8: Zoom involuntario
Capítulo 9: Cuerpo a cuerpo
Capítulo 10: La sesión privada
Capítulo 11: Hielo virgen
Capítulo 12: Sin máscara
Capítulo 13: Negativo de un trauma
Capítulo 14: Entre líneas y estanterías
Capítulo 15: Colección privada
Capítulo 16: Tensión en el Sin Bin
Capítulo 17: Trayectoria de colisión
Capítulo 18: Tras la puerta

Capítulo 19: Visiones de libertad
Capítulo 20: Lecciones de equilibrio
Capítulo 21: Fantasmas en Detroit
Capítulo 22: La sombra del Muro
Capítulo 23: La parada perfecta
Capítulo 24: Cero filtros
Capítulo 25: Fuera de límites
Capítulo 26: Cuarto oscuro
Capítulo 27: Distracción fatal
Capítulo 28: El billete de ida
Capítulo 29: Encuadre roto
Capítulo 30: Pura piel
Capítulo 31: El peso del ancla
Capítulo 32: Exposición pública
Capítulo 33: Traición revelada
Capítulo 34: Sin flash
Capítulo 35: El banquillo
Capítulo 36: La verdad revelada
Capítulo 37: El consejo de don Mateo
Capítulo 38: Último periodo
Capítulo 39: El muro definitivo
Capítulo 40: Declaración en el hielo
Capítulo 41: Perspectiva

Capítulo 1: El destello en la grada

El sonido es lo único que existe.

Clac. Zis. Pum.

Un disco tras otro impacta contra el cuero de mi catcher o rebotan en mis guardas con la precisión de un reloj suizo. La máquina lanza a ciento cincuenta kilómetros por hora, una cadencia que mandaría a cualquier otro portero a la enfermería con las articulaciones destrozadas. Para mí, es el único ritmo que tiene sentido.

En el hielo, el mundo se reduce a ese pequeño círculo negro de caucho y a mi capacidad para impedirle el paso.

—¡Más rápido! —le grito a Samuel sin girar la cabeza.

Mi hermano mayor está apoyado en la barandilla del banquillo, con los brazos cruzados sobre el pecho y esa expresión de piedra que ha perfeccionado desde que dejó la portería titular para convertirse en mi sombra y mi verdugo. Sé que me analiza. Busca la grieta, el milímetro de descuido, el error en la posición de mis patines que delate que no soy un muro, sino un Vance intentando estar a su altura.

La máquina escupe otro proyectil. Me flexiono, el peso distribuido en la punta de los pies, sintiendo el frío del *Ice Palace* colarse por las costuras de mi equipo de protección. Lo atrapo con un movimiento seco de la muñeca.

Cero fallos. Treinta y dos paradas. Necesito la perfección. La necesito como el aire, porque en el momento en que un disco cruce la línea roja, dejaré de ser el portero de los Blizzard para volver a ser el niño que veía a su hermano mayor sangrar por Detroit.

Me preparo para el siguiente tiro. La luz de los focos se refleja en la superficie pulida del hielo, creando un túnel de visión blanca. Estoy en trance. Mi respiración es un estruendo dentro del casco, un recordatorio de que sigo vivo a pesar de que el resto de mis sentidos se han congelado.

Entonces, ocurre.

No es un ruido. No es un movimiento de Samuel. Es un destello.

En la grada superior, donde solo debería haber sombras y asientos vacíos a estas horas de la madrugada, algo brilla. Es un reflejo metálico, breve y afilado como un bisturí, que me golpea directamente en la retina.

Parpadeo. Es solo una fracción de segundo.

Pum.

El dolor estalla en mi hombro izquierdo. El disco me golpea en la zona donde el acolchado es más fino y rebota hacia el fondo de la red. El sonido del caucho contra la malla suena como una ejecución en el silencio del estadio.

Me quedo inmóvil. El ardor en el hombro no es nada comparado con la bilis que me sube por la garganta. He fallado.

—Tyler, ¿qué ha sido eso? —La voz de Samuel corta el aire—. Te has quedado vendido.

No respondo. No puedo. Mis ojos vuelven a clavarse en la penumbra de la grada. El destello ha desaparecido, pero la sensación permanece. No es la vigilancia crítica de mi hermano, ni el escrutinio de Marcus Thorne desde el palco. Es algo diferente. Un ojo que no busca errores técnicos, sino algo más profundo.

Siento un escalofrío que no tiene nada que ver con la temperatura de la pista. Me quito el casco con manos temblorosas y el aire frío me golpea el rostro sudado.

—He visto algo —logro decir, mi voz suena ronca, extraña.

—Solo hay hielo y discos, Ty. Vuelve a la posición.

Miento si digo que puedo concentrarme. Me coloco la máscara, pero el trance se ha roto. Ese pequeño reflejo ha abierto una brecha en mi muro y, por primera vez en años, me siento observado de una forma que no puedo controlar.

Y yo odio perder el control.

Capítulo 2: Ángulo muerto

El limpiaparabrisas lucha una batalla perdida contra la nieve espesa que se empeña en borrar la carretera. Odio este frío. Odio este blanco infinito que parece querer tragarse el mundo y, sobre todo, odio haber terminado en este rincón olvidado de las Rocosas.

Vail Creek parece una postal navideña diseñada por un sádico.

Un estrépito metálico me sacude el asiento. El motor de mi viejo sedán gime, las ruedas patinan sobre el hielo oculto y, con un último suspiro de derrota, el coche se inclina hacia la derecha. La cuneta me da la bienvenida con un abrazo de escarcha.

—Fantástico. Simplemente brillante —mascullo contra el volante.

El silencio que sigue es sepulcral, solo roto por el silbido del viento que golpea la carrocería. Intento abrir la puerta, pero la acumulación de nieve me obliga a empujar con el hombro. Cuando por fin logro salir, el aire gélido me corta la cara como una cuchilla de afeitar. Mis botas no están hechas para esto; son botas de asfalto, de ciudad, de lugares donde el suelo no intenta matarte a cada paso.

Mi teléfono vibra en el bolsillo de la chaqueta. El nombre de mi agente, Rick, brilla en la pantalla.

—Dime que ya estás instalada en tu refugio de lujo —suelta nada más descolgar.

—Estoy en una zanja, Rick. Literalmente. Mi coche ha decidido que Vail Creek es un buen lugar para morir.

—Escúchame bien, Sloane —su voz pierde el tono jovial y se vuelve afilada—. Ese contrato con los Blizzard es lo único que te separa de volver a fotografiar bodas de catálogo en los suburbios. Marcus Thorne ha puesto una fortuna sobre la mesa para ese libro de arte. Haz las fotos, aguanta a esos neandertales del hockey durante unos meses y tendrás el dinero para tu expedición a Sudán. ¿Me oyes? África te espera, pero solo si pasas por el congelador primero.

—Lo sé —respondo apretando los dientes—. Solo son tipos grandes golpeándose por un trozo de caucho. No puede ser tan difícil.

—Esa es la actitud. No los mires como personas, míralos como paisajes de carne y hueso. Nos vemos, fotógrafa.

Cuelgo y guardo el móvil con las manos entumecidas. A lo lejos, la silueta del Ice Palace se alza como un mausoleo de cristal bajo las nubes grises. Es el templo de los Blizzard, el lugar donde el pueblo adora a sus ídolos de barro y cuchillas. Para ellos es gloria; para mí, es solo un trámite burocrático para alcanzar la verdadera libertad, lejos de los estadios y de la fama barata que destruyó a mi familia.

Empiezo a caminar hacia la luz tenue de una cafetería cercana, con la cámara protegida bajo mi abrigo como si fuera mi único órgano vital. Al pasar junto a las vallas del estadio, un escalofrío me recorre la nuca. No es solo el frío. Es esa sensación molesta de que este lugar tiene sus propias reglas y que yo acabo de entrar en su ángulo muerto.

África está a miles de kilómetros, pero ahora mismo, cruzando este pueblo de montaña, se siente como si estuviera en otro planeta.

Capítulo 3: Propiedad de los Blizzard

Las oficinas de la directiva huelen a café caro, a cuero nuevo y a ese tipo de decisiones que se toman detrás de puertas cerradas para cambiar el destino de un equipo. Me ajusto los puños de la camisa, sintiendo el hombro todavía caliente por el impacto del disco de anoche. La marca estará morada en un par de horas; un recordatorio de mi falta de foco.

Marcus Thorne está de pie frente al ventanal que domina la pista. A su lado, Samuel guarda silencio, observando el vacío con la intensidad de quien espera una tormenta. Mi hermano mayor tiene esa rigidez en los hombros que solo aparece cuando siente que el control se le escapa de las manos. Después de lo que pasó con Grace y Liam el año pasado, Samuel se ha vuelto un perro guardián del apellido Vance. Su silencio es una advertencia.

—Señores, el éxito en el hielo ya no es suficiente —dice Marcus, girándose con esa sonrisa de tiburón que reserva para las grandes negociaciones—. Los Blizzard necesitan una identidad visual que trascienda la liga. Un libro de arte que capture la esencia de lo que significa ser un guerrero en Vail Creek.

La puerta se abre antes de que termine de hablar.

Un soplo de aire gélido parece entrar con ella. La reconozco al instante. Es la silueta de la grada, la misma que me cegó con un reflejo metálico anoche. Pero mi memoria me traiciona y me lleva más atrás, a la Gala de los Blizzard. Recuerdo haberla visto entre la multitud mientras Samuel intentaba contener el escándalo de nuestra hermana. Ella estaba allí, con su cámara, capturando verdades que el resto de nosotros intentábamos ocultar. En ese momento fue un interés lejano; hoy, bajo la luz fluorescente de la oficina, los detalles me golpean con más fuerza que cualquier disco.

No es una de las chicas que suelen rondar los vestuarios con tacones imposibles y labios pintados de rojo. Ella lleva unas botas de montaña gastadas por el barro, unos vaqueros que han visto días mejores y una chaqueta oversize que parece diseñada para ocultar su cuerpo del resto del mundo. Tiene una cámara colgada al cuello

como si fuera un arma cargada y una expresión de aburrimiento que me resulta casi insultante.

—Ella es Sloane —anuncia Marcus, señalándola con un gesto breve—. La mejor en lo suyo. Tiene acceso total. Vestuarios, autobuses, entrenamientos nocturnos.

Me tenso tanto que las costuras de mi camisa protestan. Veo que Samuel también se pone rígido a mi lado. Sé lo que está pensando: otra persona de prensa husmeando en nuestras grietas.

—¿Acceso total? —la voz de Samuel suena como el crujido del hielo bajo un patín—. Marcus, este equipo acaba de encontrar la estabilidad. No necesitamos a nadie vendiendo nuestra privacidad.

—Consideradla parte del mobiliario —continúa Marcus, ignorando la advertencia del capitán—. Es invisible. No la molestéis, no le habléis y, sobre todo, no permitáis que su presencia afecte vuestro juego.

Sloane ni siquiera parpadea ante sus palabras. Se limita a ajustar una rueda de su cámara, ignorándonos como si fuéramos simples modelos de exposición. Su mirada barre la sala y, por un segundo, se clava en la mía. No hay admiración en sus ojos, ni rastro de ese brillo que suelen tener las mujeres cuando ven el escudo de los Blizzard en mi pecho. Solo hay una curiosidad clínica, fría. Es la misma mirada que me dedicó en la Gala, como si supiera que detrás de "El Muro" hay algo que se está desmoronando.

Invisible, ha dicho Marcus.

La observo mientras se apoya contra la pared con una despreocupación que me revuelve el estómago. Sus dedos acarician el objetivo con una familiaridad que me resulta extrañamente íntima. Invisible es lo último que esa mujer va a ser. Para alguien como yo, que necesita predecir cada trayectoria y cada movimiento antes de que ocurra, ella es una interferencia en mi frecuencia.

Recuerdo las palabras que Samuel me soltó anoche tras el partido: "Los Vance amamos demasiado fuerte o terminamos destruyendo lo que tocamos". Miro a Sloane y un presentimiento oscuro me recorre la columna. Ella no es solo un punto ciego en mi campo de visión. Es la tormenta que Samuel temía, y yo soy el idiota que está deseando que el cielo se rompa de una vez.

Capítulo 4: Enfoque manual

Si el estadio es un templo, el vestuario de los Blizzard es el sanctasanctórum donde se celebran los rituales de sangre y sudor.

Abro la puerta pesada de madera y el aire me golpea como un muro físico. Es una mezcla densa de linimento, humedad, cinta adhesiva y esa testosterona agresiva que flota en los lugares donde demasiados hombres jóvenes compiten por ser el alfa. El ruido es un caos de bromas gritadas, portazos de taquillas y el siseo de las duchas al fondo.

Nadie se detiene. Algunos se quedan en mitad de un gesto, con las protecciones a medio poner, y me lanzan miradas que oscilan entre la curiosidad y el fastidio. No me inmuto. Ajusto el dial de mi cámara, calculando la luz artificial que rebota en las baldosas blancas.

Entonces lo veo.

Tyler Vance está sentado en su banco, justo en el centro del vestuario, como si el espacio se curvara a su alrededor. No lleva la parte superior del equipo. Su torso es un mapa de potencia pura: hombros anchos que parecen sostener el peso de la grada y una musculatura definida, funcional, forjada bajo la presión del hielo. La luz cenital resbala por su piel todavía húmeda, marcando cada relieve de sus costillas y el rastro de vello que desaparece bajo el pantalón de entrenamiento.

Me acerco, buscando un ángulo lateral. Él se levanta.

No lo hace de forma apresurada, sino con esa lentitud depredadora que vi anoche en la pista. Camina hacia mí hasta que su sombra me cubre por completo. Es masivo. Huele a jabón neutro y a ese frío metálico que parece emanar de sus poros. Se detiene a escasos centímetros, invadiendo mi espacio personal de una forma tan deliberada que puedo sentir el calor que desprende su pecho.

Se queda ahí, en silencio, cruzado de brazos. Sus ojos oscuros me escrutan desde arriba, esperando el titubeo, el sonrojo o la retirada. Quiere que entienda que este no es mi lugar. Quiere que me marche.

—Te interpones en el encuadre —digo, sin bajar la cámara. Mi voz suena plana, profesional, despojada de cualquier nota de intimidación.

Él arquea una ceja, pero no se mueve. Sus músculos se tensan, una advertencia silenciosa de que el "Muro" no cede el paso a los intrusos.

—Marcus ha dicho que eres invisible —suelta él. Su voz es un rugido bajo, profundo—. Pero estorbas.

—Estorbas tú —respondo. Me pongo a un lado y le hago un gesto con la mano para que retroceda—. Apártate unos centímetros a la derecha. La luz de ese foco te da de lleno en la cara y crea una sombra dura que no me sirve. Necesito algo más suave.

Tyler se queda inmóvil, descolocado por mi falta de reacción ante su desnudez o su tamaño. Su mandíbula se aprieta tanto que veo una vena latir en su sien. No está acostumbrado a que lo traten como a un simple objeto decorativo que se puede mover al antojo de un fotógrafo.

—¿Me has oído? —insisto, llevando el visor a mi ojo—. Un paso a la derecha. Ahora.

Por un segundo, creo que va a arrebatarme la cámara. Sus manos grandes se cierran en puños, pero algo en mi mirada —una determinación que ha sobrevivido a situaciones mucho más peligrosas que un vestuario lleno de deportistas mimados— lo frena.

Suelta un gruñido casi imperceptible y se mueve. Solo un paso. Lo justo para cumplir mis órdenes, pero manteniendo esa mirada fija en mí, una promesa silenciosa de que esto no ha hecho más que empezar.

Clic.

Lo capturo justo en ese instante de furia contenida. Es la mejor foto que he hecho en todo el día.

Capítulo 5: Revelado nocturno

El insomnio tiene el sabor amargo del café recalentado y la voz de Samuel resonando en mi cabeza. «Te has quedado vendido, Tyler». Sus palabras son un disco que golpea una y otra vez contra el poste de mi conciencia.

A las dos de la mañana, el Ice Palace no es un estadio; es un laberinto de sombras y hormigón que exhala un frío sepulcral. Camino por los pasillos en penumbra, con los hombros tensos bajo la sudadera, buscando la sala de visionado para castigarme con mis propios errores en vídeo. Sin embargo, al pasar frente a la sala de prensa, una luz tenue se filtra por la rendija de la puerta.

Me detengo. El zumbido de un ordenador trabajando a pleno rendimiento rompe el silencio del pasillo.

Empujo la puerta con cuidado, lo justo para no ser visto. Ella está allí.

Sloane está sentada frente a dos monitores enormes que bañan su rostro con un resplandor azulado. Se ha quitado la chaqueta oversize y lleva una camiseta de tirantes que deja a la vista la curvatura de sus hombros y la tensión de sus brazos. No hay rastro del desdén que muestra en el vestuario. Está absorta, perdida en un mundo de píxeles y luces.

Me quedo en el umbral, oculto por la oscuridad del marco de la puerta. Observarla así, sin que ella lo sepa, es como mirar por el visor de su propia cámara. Veo cómo ladea la cabeza, cómo sus ojos escanean la pantalla con una rapidez felina y cómo, en un gesto que me corta la respiración, se muerde el labio inferior mientras frunce el ceño, concentrada en algún detalle que solo ella percibe.

En uno de los monitores aparece una imagen mía. Es la foto del vestuario.

Mis ojos se clavan en la pantalla. No parezco yo. O quizá soy más yo que nunca. Ella ha captado esa sombra de rabia y soledad que intento enterrar bajo el hielo. Me siento desnudo, expuesto de una forma que ni siquiera el equipo de protección puede evitar.

—¿Vas a quedarte ahí fuera toda la noche o vas a entrar para decirme que la luz de la pantalla me crea sombras duras? —suelta ella sin apartar la vista del monitor.

Me tenso. No me ha mirado, pero ha sentido mi presencia con la misma precisión con la que yo siento el aire antes de un disparo. Entro en la sala y mis pasos resuenan contra el suelo técnico. Me detengo justo detrás de su silla, lo suficientemente cerca para oler el aroma a metal y lluvia que parece acompañarla siempre.

Sloane gira la silla con lentitud. Su mirada es un desafío directo, sin filtros.

—¿No puedes dormir, Vance? ¿O es que el Muro necesita una revisión nocturna?

Ignoro su sarcasmo. Mis ojos bajan a la foto en el monitor y luego vuelven a los suyos, que ahora brillan con una intensidad que me resulta insoportable.

—¿Por qué me miras así? —pregunto. Mi voz suena más profunda, cargada de una urgencia que no puedo ocultar.

—Es mi trabajo mirar —responde ella, echándose hacia atrás y cruzando los brazos sobre el pecho.

—No me refiero a la cámara. Me refiero a esto. —Señalo la pantalla, donde mi reflejo parece gritar desde el silencio—. Me miras como si supieras lo que estoy pensando. Me miras como si estuvieras buscando una grieta que no existe. ¿Por qué me miras así a través de la lente?

Sloane sostiene mi mirada. Por un segundo, el zumbido de los ordenadores desaparece y solo quedamos nosotros dos en esta burbuja de luz azul. Veo el momento exacto en que su pupila se dilata, un destello de algo que no es profesionalismo, sino una curiosidad tan peligrosa como la mía.

—Quizá —susurra ella, y su voz tiene el filo de una cuchilla sobre el hielo— porque eres el único en este estadio que se esfuerza tanto por no ser visto que terminas siendo lo único que merece la pena enfocar.

El aire entre nosotros se vuelve denso, casi sólido. Mi obsesión acaba de encontrar un espejo, y lo que veo en él me asusta y me atrae a partes iguales.

Capítulo 6: La foto prohibida

El túnel de acceso al hielo es una garganta de hormigón frío donde el sonido del público se filtra como un trueno lejano. Aquí, el aire está cargado de una tensión eléctrica, un limbo entre la calma del vestuario y la violencia del partido.

Me pego a la pared rugosa, intentando ser esa sombra invisible que Marcus Thorne prometió. Los jugadores pasan a mi lado como gladiadores modernos, haciendo chocar sus hombros y golpeando las paredes con sus sticks. Pero falta uno. El que siempre cierra la marcha.

Me deslizo hacia la parte más oscura del túnel, cerca de las rejillas de ventilación. Allí lo encuentro.

Tyler está solo. Se ha quitado el casco y lo sostiene contra su cadera. Tiene la frente apoyada contra el cemento frío y los ojos cerrados. No hay rastro de la insolencia que mostró en el vestuario ni de la frialdad que exhibe ante la prensa. Sus hombros están caídos bajo el peso de las hombreras y sus dedos enguantados tiemblan de forma casi imperceptible.

Es la imagen de un hombre que carga con el peso de un apellido demasiado grande en un pueblo demasiado pequeño. Es la ruptura del Muro.

Levanto la cámara con un movimiento fluido. Ajusto el enfoque en el rastro de sudor que baja por su nuca y en la línea tensa de su mandíbula. El visor me devuelve una verdad que él mataría por ocultar.

Click.

El sonido del obturador corta el aire como un disparo.

Tyler reacciona con una velocidad que me hiela la sangre. En un pestañeo, abandona la pared y se lanza hacia mí. Su sombra me envuelve antes de que pueda dar un paso atrás. Siento el impacto de su cuerpo contra el mío mientras me acorrala contra el hormigón, atrapándome en el espacio estrecho entre sus brazos.

La cámara queda aprisionada contra mi pecho, justo entre su torso rígido y mi corazón, que ahora late desbocado. Huele a hielo, a

esfuerzo y a ese aroma a tormenta inminente que solo desprende él.

—Dámela —suelta con un hilo de voz que vibra contra mi frente.

Sus ojos oscuros están encendidos, inyectados en una mezcla de pánico y furia. Me tiene inmovilizada; el peso de su equipo de protección me aplasta, recordándome la diferencia de tamaño y fuerza que nos separa. Su rostro está a escasos centímetros del mío, tan cerca que puedo sentir el calor de su respiración agitada.

—No —respondo. Mi voz es firme a pesar del temblor que recorre mis piernas.

—No me has oído, Sloane. Borra esa foto. Ahora mismo.

Estira una mano enguantada para intentar arrebatarme el dispositivo, pero yo lo protejo con mis brazos, encogiéndome sobre él. El roce de su cuerpo contra el mío envía una descarga eléctrica por mi columna. No es solo la intimidación física; es la intensidad de su presencia, la forma en que su mirada parece querer incendiar mi lente.

—Es mi arte, Tyler. Y tú eres el sujeto. No tienes derecho a decidir qué es lo que veo.

—¡Lo que has visto no existe! —ruge, golpeando el muro justo al lado de mi oreja. El sonido del impacto resuena en el túnel—. Solo soy el portero. Solo soy el muro. Esa... esa debilidad que crees haber captado es una mentira.

—Las cámaras no mienten —susurro, obligándolo a sostener mi mirada—. Los hombres sí.

Tyler se tensa. Sus pupilas se dilatan hasta borrar el iris y, por un instante eterno, creo que va a besarme o a romper mi cámara en mil pedazos. El aire en el túnel se vuelve escaso, viciado por el deseo y la rabia que bullen entre nosotros. Sus ojos bajan a mis labios y luego regresan a los míos, cargados de una obsesión que ya no puede ocultar.

—Si esa foto sale a la luz, te juro que...

—¿Qué? —lo desafío, sintiendo su calor filtrarse a través de mi ropa—. ¿Vas a dejar de mirarme a través de la lente? Porque los dos sabemos que eso es lo último que quieres hacer.

El sonido de la bocina del estadio rompe el hechizo. El equipo lo espera. Tyler se separa de mí con un movimiento brusco, como si mi

contacto lo quemara. Se coloca el casco, ocultando de nuevo al hombre tras la máscara de hierro, pero antes de alejarse hacia la luz del hielo, se inclina sobre mi oído.

—Guárdala bien, fotógrafa. Porque ahora que has visto lo que hay debajo, no voy a dejar que apartes la vista ni un segundo.

Se marcha sin mirar atrás, dejándome temblando en la penumbra, con la cámara ardiendo contra mi pecho y la sensación de que acabo de capturar mucho más que una imagen. He capturado el inicio de nuestra destrucción.

Capítulo 7: Juego de sombras

El rugido de las gradas del Ice Palace es un ruido blanco que apenas logro procesar. El aire huele a palomitas, a cerveza barata y a esa expectativa eléctrica que acompaña al primer amistoso de la pretemporada. Debería estar concentrado en la alineación de los Rangers, en la posición de sus defensas y en el ángulo de tiro de su capitán.

Pero mi mundo se ha reducido a un punto focal en el foso de fotógrafos, justo a la izquierda del banquillo.

Allí está ella.

Sloane lleva una gorra negra calada hasta las cejas y su cámara parece una extensión de sus manos. Sé que está disparando. Sé que me sigue. Puedo sentir el peso de su teleobjetivo sobre mi pecho incluso a través del protector de fibra de vidrio.

Un delantero rival cruza la zona neutral y lanza un disco seco que busca la escuadra derecha. Es un tiro fácil, de manual. Normalmente, me limitaría a una parada de mariposa, eficiente y sobria, como Samuel me ha enseñado mil veces. Pero hoy no soy el alumno perfecto.

Me lanzo en una palomita innecesaria, estirando todo el cuerpo en el aire mientras capturo el disco con el guante en un gesto cinematográfico. El estadio estalla en un grito de asombro. Es una parada para la portada de los periódicos, pero es una temeridad técnica.

—¡Vance, vuelve a la posición! —me grita Samuel desde la banda.

Lo ignoro. Me pongo en pie de un salto, sacudiendo la nieve de mis guardas. Mi mirada busca la suya. Quiero saber si lo ha captado. Quiero saber si me ha visto volar.

El juego continúa y mi imprudencia crece. Salgo de la portería más de lo que cualquier manual de entrenamiento permite, patinando hasta casi el círculo de saque para despejar un disco perdido. Arriesgo el físico, arriesgo el marcador y arriesgo la poca paciencia que le queda a mi hermano.

No lo hago por el equipo. No lo hago por los aplausos. Lo hago para que ella no tenga más opción que mantener el enfoque sobre mí. Quiero ser lo único que brille en su pantalla de edición esta noche. Quiero saturar su memoria digital hasta que no quede espacio para nadie más.

Cada vez que el disco se aleja de mi zona, busco su silueta. La veo ajustar el zoom, moverse con rapidez para seguir mi trayectoria errática. Sé que me está juzgando. Sé que su ojo clínico está detectando mi desesperación tras la máscara.

En una pausa del juego, me apoyo en el poste y bebo agua, dejando que el chorro me moje el cuello. Me quito la rejilla un segundo para recuperar el aliento. En ese instante, su objetivo se queda fijo en mí. Es un duelo silencioso a través de cincuenta metros de hielo.

«Mírame, Sloane», pienso mientras el sudor me escuece en los ojos. «Mírame hasta que te duela el dedo de tanto disparar. Mírame hasta que entiendas que no puedes ser invisible si yo decido ser el centro de tu universo».

El árbitro hace sonar el silbato. Me coloco la máscara, pero el corazón me late con una violencia que no tiene nada que ver con el esfuerzo físico. Estoy jugando un partido peligroso, un juego de sombras donde el hielo es solo el escenario y ella es el único espectador que importa.

Sé que Samuel me sentará en el próximo periodo por esto. Sé que Marcus Thorne me pedirá explicaciones. Pero mientras oigo el clic metálico de su cámara en cada una de mis estiradas, no me importa quemar el estadio entero con tal de mantener su luz enfocada en mí.

Capítulo 8: Zoom involuntario

El zumbido del público es un ruido de fondo que ignoro mientras me refugio en el banquillo de prensa. El frío del estadio me cala hasta los huesos, pero tengo las mejillas encendidas. Me cuelgo la cámara del cuello y presiono el botón de reproducción, deslizando el dedo por el dial para revisar las ráfagas del último periodo.

Mis dedos se detienen. Siento una punzada de algo parecido al vértigo.

Paso las imágenes con rapidez, una tras otra. Tyler volando para atrapar un disco. Tyler apoyado contra el poste. Tyler con la rejilla del casco empañada por su respiración. Tyler ajustándose las guardas. Tyler, Tyler, Tyler.

Me detengo y obligo a mi cerebro a hacer una cuenta rápida. He disparado casi trescientas veces. Busco alguna toma de Liam Volkov, el capitán, o de Jax, que ha hecho un movimiento brillante en la zona neutral hace apenas diez minutos. Solo encuentro diez fotos de ellos. Las otras doscientas noventa son de él.

—Mierda —susurro, sintiendo un nudo de pánico en el estómago.

Soy una profesional. He cubierto disturbios, zonas de conflicto y crisis humanitarias donde la objetividad era lo único que me mantenía viva. Mi ojo siempre ha sido un bisturí: preciso, frío, desapegado. Pero aquí, en este pueblo de mala muerte, mi lente se ha vuelto traicionera.

Me obligo a levantar la cámara y buscar otro objetivo. Enfoco a Liam. Es un buen sujeto; se mueve con una elegancia agresiva y tiene esa luz de líder que suele quedar bien en papel satinado. Pero, en cuanto presiono el disparador a medias para enfocar, mi mano derecha se mueve de forma casi inconsciente. El motor del zoom gime mientras la lente se desplaza por el hielo, ignorando al capitán, ignorando la acción del disco, hasta encontrar de nuevo el número treinta y dos en la portería del fondo.

Es como si él tuviera su propio campo magnético.

Ajusto el encuadre. Tyler está de espaldas, pero su presencia llena el visor por completo. Puedo ver la tensión en sus hombros, la forma

en que el sudor le pega la camiseta térmica a la columna. Es una composición perfecta, equilibrada, cargada de una narrativa de soledad que me atrae como un imán.

De pronto, Tyler gira la cabeza.

No debería haber podido verme. Estoy a mucha distancia, medio oculta tras la valla protectora y rodeada de otros periodistas. Pero él sabe exactamente dónde estoy. Su mirada atraviesa el espacio, cruza el hielo y choca contra mi objetivo con la fuerza de un impacto físico.

Sostiene la mirada, obligándome a seguir enfocándolo. Sabe que lo estoy mirando. Sabe que tengo su imagen atrapada en mi tarjeta de memoria.

Lentamente, sus labios se curvan. No es una sonrisa cálida, ni siquiera es una de esas muecas arrogantes que los jugadores dedican a las cámaras para alimentar su ego. Es una sonrisa gélida, una declaración de propiedad que me hiela la sangre. Es como si me estuviera diciendo que no importa cuánto intente mirar hacia otro lado; él ya ha ganado este juego.

Bajo la cámara de golpe, sintiendo el corazón martilleando contra mis costillas. Mi mano tiembla ligeramente al ajustar la correa.

He perdido la distancia. He perdido la objetividad. Y lo peor de todo es que, por primera vez en mi carrera, no estoy segura de querer recuperarlas.

Capítulo 9: Cuerpo a cuerpo

El caos del tercer periodo es una sinfonía de cuchillas cortando el hielo y cuerpos chocando contra las vallas. Los Rangers están presionando con una agresividad que roza lo ilegal, y el disco se mueve con una velocidad errática en nuestra zona defensiva.

Debería estar pendiente del delantero que se desliza por el flanco derecho. Debería estar calculando la trayectoria del slapshot que se prepara en la línea azul. Pero mis ojos, traidores y persistentes, se desvían un segundo hacia la banda de prensa.

Sloane está allí, agachada cerca del cristal protector, con la rodilla clavada en el hielo y la cámara pegada al rostro. Está tan absorta en capturar la acción que no ve lo que yo sí.

Un defensa de los Blizzard carga contra un jugador rival justo en la zona de conflicto. El impacto es brutal. El jugador de los Rangers pierde el equilibrio, sus patines se elevan y sale despedido como un proyectil humano de cien kilos de músculo y equipo hacia el hueco de la banda donde Sloane está indefensa.

El mundo se ralentiza.

Oigo el silbido del disco que viene directo hacia mi portería, pero no me muevo hacia él. Ignoro la red. Ignoro el marcador. Ignoro los gritos de Samuel que se desgañita desde el banquillo.

Solo existe ella.

Me impulso con una fuerza que hace que el hielo cruja bajo mis cuchillas. Cruzo la zona de la portería en tres zancadas desesperadas. No voy a llegar a tiempo para detener al jugador, pero puedo ser el escudo.

Me lanzo.

El impacto es sordo y violento. Interpongo mi cuerpo justo cuando el jugador rival impacta contra la zona de prensa. Siento el golpe del equipo contra mis costillas, el choque de los cascos y el frío del suelo al caer. Pero mientras rodamos por el hielo, mi único pensamiento es proteger su cabeza.

Suelto el stick y rodeo su cráneo con mis manos enguantadas, apretándola contra mi pecho mientras el impulso nos arrastra varios

metros hasta chocar contra la base de la valla.

El estadio enmudece. Es un silencio sepulcral, denso, donde solo se oye mi respiración entrecortada dentro de la máscara.

Me quedo así un instante, protegiéndola bajo mi peso, sintiendo el cuerpo menudo y tenso de Sloane bajo el mío. Su corazón late contra mi protector de pecho con la misma violencia que el mío. El olor a metal de la pista se mezcla con el aroma a lluvia de su pelo.

—¿Estás bien? —gruño. Mi voz suena como un trueno en el silencio de la arena.

Sloane parpadea, con los ojos muy abiertos, fijándome desde una distancia de escasos centímetros. Sus dedos se aferran a mis antebrazos, buscando estabilidad. No hay cámara de por medio ahora. Solo somos nosotros, dos cuerpos derribados en el centro de un escenario que exige nuestra profesionalidad y que acabamos de profanar.

Alzo la vista. El disco ha entrado en mi portería vacía. El marcador brilla con un gol en contra que es totalmente mi culpa. Samuel está lívido en la banda y mis compañeros me miran como si me hubiera vuelto loco.

Y quizá sea cierto.

Me pongo en pie con dificultad, pero antes de soltarla, me aseguro de que sus pies están firmes sobre el hielo. Le retiro un mechón de pelo de la cara con el guante, un gesto demasiado íntimo, demasiado real ante miles de personas.

—Te he dicho que estorbas —susurro, aunque mis manos todavía tiemblan por la descarga de adrenalina—. Pero no voy a dejar que te rompas bajo mi guardia.

Me doy la vuelta y patino hacia la portería sin mirar atrás, sintiendo cómo el peso de mi traición al equipo me aplasta los hombros, pero con la certeza de que volvería a dejar entrar mil goles con tal de que ella siguiera intacta.

Capítulo 10: La sesión privada

El despacho de Marcus Thorne es un mausoleo de cristal y acero que huele a perfume de diseñador y a un poder que no admite réplicas. A través del ventanal, el Ice Palace parece una maqueta bajo la nieve, pero la tensión que vibra entre estas cuatro paredes es dolorosamente real.

Marcus está sentado tras su escritorio de caoba, con los dedos entrelazados y una calma que resulta mucho más aterradora que cualquier grito. Frente a él, Tyler permanece de pie, rígido, con la mandíbula tan apretada que me sorprende que no se le rompan los dientes. Yo me mantengo a un lado, aferrada a la correa de mi cámara, sintiéndome como el daño colateral de una guerra familiar.

—Un gol, Tyler —suelta Marcus. Su voz es un látigo de seda—. Un gol de pretemporada que ha dado la vuelta al país no por tu destreza, sino porque abandonaste la portería para lanzarte sobre nuestra fotógrafa como si estuvieras en una película de acción barata.

—Iba a golpearla —gruñe Tyler. Sus palabras salen con dificultad, cargadas de una furia contenida que hace que el aire de la habitación se vuelva pesado.

—Tu trabajo es detener discos, no jugar a ser el guardaespaldas de nadie. Has descuidado tu posición por una distracción. Y en este equipo, las distracciones se cortan de raíz o se rentabilizan.

Marcus desliza una carpeta sobre la mesa. Su mirada de tiburón se clava en la mía por un segundo antes de volver a Tyler.

—Habéis desperdiciado el material de esta noche con ese espectáculo dantesco. Así que vais a recuperarlo. Mañana mismo os marcharéis a la cabaña de la zona norte, en el linde del bosque. Tenéis cuarenta y ocho horas para realizar una sesión fotográfica exclusiva. Solo vosotros dos.

Siento un vuelco en el estómago. ¿Cuarenta y ocho horas aislada con el hombre que me mira como si fuera su mayor pecado y su única salvación?

—Marcus, no creo que sea necesario... —intento intervenir, pero él me corta con un gesto seco de la mano.

—Es un contrato, Sloane. Y es una orden, Tyler. Quiero imágenes que vendan la vulnerabilidad y la fuerza del «Muro». Quiero que el mundo vea lo que ocurre cuando no hay público ni equipo de por medio.

Tyler se gira hacia mí. Su mirada es un incendio forestal, una mezcla de arrepentimiento y de una posesividad que me quema la piel incluso a través de la ropa. Sé lo que está pensando. Sabe que me está arrastrando a su propia tormenta.

—¿Aislados? —pregunta él, y hay una nota peligrosa en su tono.

—Sin teléfonos, sin distracciones y sin interferencias —sentencia Marcus, poniéndose en pie para dar por finalizada la reunión—. Solo la lente de Sloane y tu capacidad para no volver a perder el norte. Aunque mucho me temo, Vance, que ya es demasiado tarde para eso.

Salimos del despacho en silencio. El pasillo está desierto, bañado por la luz fría de los fluorescentes. Tyler se detiene frente al ascensor y me acorrala contra la pared, pero esta vez no hay violencia, solo una cercanía que hace que el oxígeno desaparezca.

Apoya una mano sobre mi cabeza y se inclina hasta que sus labios rozan mi oreja.

—Cuarenta y ocho horas —susurra, y su aliento es fuego contra mi cuello—. No tienes ni idea de lo que has hecho, fotógrafa.

El ascensor llega con un timbre metálico, pero yo me quedo allí, inmóvil, mientras lo veo alejarse por el pasillo. El Acto 1 ha terminado, el deshielo ha comenzado, y me temo que lo que viene ahora no es la primavera, sino una inundación que va a arrasar con todo lo que creía saber sobre el control.

Capítulo 11: Hielo virgen

El amanecer en las afueras de Vail Creek no es una transición de luz; es una herida azul que se abre paso entre los pinos cargados de nieve. El lago Mirror hace honor a su nombre, extendiéndose ante nosotros como una plancha de cristal virgen, perfecta y aterradora.

Aquí no hay gradas. No hay el rugido ensordecedor de diez mil personas, ni el siseo de la megafonía, ni el olor a caucho quemado. El silencio es tan denso que puedo oír el crujido del hielo asentándose bajo el peso del invierno.

Me siento extrañamente desnudo.

Me ajusto los patines sentado en el tronco caído de un abeto. A unos metros, Sloane prepara su equipo. No lleva su habitual chaqueta oversize; hoy viste una parka técnica que resalta su figura menuda contra el blanco infinito del paisaje. Sus mejillas están encendidas por el frío y sus ojos escanean el lago con una fascinación que envidio.

—Es perfecto —susurra ella. Su aliento forma una nube de vaho que se disipa rápido.

Salto al hielo. El sonido de mis cuchillas mordiendo la superficie virgen resuena en el valle como un disparo. Empiezo a patinar, ganando velocidad con zancadas largas y potentes. Sin la armadura completa, solo con la camiseta térmica y los pantalones de entrenamiento, me muevo con una ligereza que el estadio nunca presencia.

Me deslizo hacia el centro del lago y empiezo a trazar círculos. Oigo el primer clic. Luego otro. El ritmo de su obturador se convierte en mi nuevo latido.

Patino para ella. No hay discos que detener, así que convierto el hielo en mi escenario. Hago giros cerrados, frenadas que levantan una lluvia de cristales congelados y transiciones acrobáticas. Me esfuerzo en cada movimiento, forzando la agilidad de mis rodillas y la flexibilidad de mi espalda, tratando de "cazar" su atención de la misma forma que ella caza la luz.

Quiero que su cámara sepa que no soy solo un muro estático.

Me detengo en seco a pocos metros de donde ella está apostada, levantando una nube de nieve que la obliga a proteger su lente con la mano. Me quedo ahí, respirando con dificultad, el pecho subiendo y bajando mientras el sudor empieza a enfriarse en mi nuca.

Sloane baja la cámara lentamente. Por un segundo, el mundo se detiene. No hay Marcus Thorne, no hay equipo de prensa, no hay castigo. Solo estamos nosotros dos en mitad de un desierto blanco donde las reglas del hockey no significan nada.

—Has estado presumiendo, Vance —dice ella, aunque hay un brillo de asombro en su mirada que no puede ocultar.

—Solo te estoy dando lo que quieres, fotógrafa —respondo, acercándome hasta que el filo de mis patines casi roza sus botas—. Material que nadie más tenga.

—El material es bueno —admite, volviendo a subir la cámara para encuadrar mi rostro—. Pero sigo viendo demasiado equipo.

—¿A qué te refieres?

—A que ese casco sigue en su sitio —dice, y su voz tiene un desafío que me acelera el pulso más que el ejercicio—. Y yo no he venido aquí a fotografiar plástico y rejillas. He venido a ver qué hay detrás.

El clic de su cámara vuelve a sonar, pero esta vez se siente como una provocación. En este lago helado, bajo la luz cruda del sol naciente, me doy cuenta de que Marcus Thorne tenía razón: esto es una distracción fatal. Porque por primera vez, me importa más lo que ella capture en su tarjeta de memoria que lo que yo pueda detener en la red.

Capítulo 12: Sin máscara

El frío del lago se me mete por debajo de las uñas, pero no me importa. Mis dedos se mueven por los diales de la cámara con una precisión mecánica, capturando la estela de hielo que Tyler deja a su paso. Es una exhibición de poderío físico impresionante, sí, pero no es lo que busco. Lo que tengo en la pantalla son fotos de portada de revista deportiva: perfectas, comerciales y vacías.

—Para —digo en voz alta, bajando la cámara.

Tyler frena en seco. El sonido de sus cuchillas contra el hielo suena como un desgarro en el silencio del valle. Patina hacia mí con una suficiencia que me irrita, deteniéndose a la distancia justa para que tenga que levantar la cabeza para mirarlo.

—¿No es suficiente espectáculo para ti, Sloane? —pregunta, con la respiración empañando la rejilla de su casco.

—Es demasiado espectáculo, Vance. No quiero otra foto de acción que Marcus pueda colgar en una valla publicitaria. Estoy harta de las fotos de catálogo.

Dejo la cámara colgando de mi cuello y camino sobre el hielo con cuidado. Mis botas resbalan, pero no me detengo hasta quedar a escasos centímetros de él. Tyler se queda inmóvil, convertido en una estatua de fibra de vidrio y rabia contenida. Su presencia es abrumadora, un muro de testosterona y equipo de protección que parece impenetrable.

Desafiando su espacio personal, estiro las manos. Mis dedos, entumecidos por el aire gélido, rozan el borde de su casco. Noto cómo se tensa; sus músculos se vuelven de piedra bajo mi contacto, pero no se aparta.

Desabrocho el cierre de la barbilla. El clic metálico resuena en la quietud del lago.

Lentamente, deslizo el casco hacia arriba. El aire frío golpea su rostro sudado y un mechón de pelo oscuro cae sobre su frente. Es la primera vez que lo tengo así, sin rejillas, sin filtros, sin nada que medie entre mis ojos y su piel.

Me quedo sin aliento.

El «Muro» de los Blizzard no es el bloque de mármol que todos imaginan. De cerca, Tyler tiene pequeñas pecas esparcidas por el puente de la nariz, vestigios de un sol que debió de ver en otro lugar, lejos de las pistas de hielo. Pero lo que me golpea es su mirada. Sus ojos, libres por fin de la sombra de la máscara, cargan con una soledad tan cruda y tan antigua que me duele en el pecho.

Es la mirada de alguien que ha pasado toda su vida esperando un impacto que no sabe si podrá detener.

—¿Satisfecha? —susurra. Su voz ya no es arrogante; es un hilo de vulnerabilidad que me eriza el vello de la nuca.

No respondo. No puedo. Levanto la cámara con manos que ahora tiemblan por algo más que el frío. Él no se mueve. Se queda ahí, expuesto, dejando que lo desmonte con mi objetivo. El sol naciente le da de lado, resaltando la línea dura de su mandíbula y el brillo húmedo de sus ojos.

Click.

Lo sé en cuanto el obturador se cierra. He capturado al hombre tras el mito. Esta foto no solo cambiará mi carrera y mi cuenta bancaria; acaba de abrir un agujero en mi propia armadura.

Bajo la cámara y lo miro directamente, por encima del visor. Por un segundo, el tiempo se congela más que el lago. Sus ojos bajan a mis labios y siento una atracción tan violenta que me obliga a dar un paso atrás.

—Mucho más que satisfecha, Tyler —digo con voz ronca.

Él no dice nada, pero la forma en que me observa me indica que el precio de esta foto va a ser mucho más alto de lo que estoy dispuesta a pagar.

Capítulo 13: Negativo de un trauma

El fuego crepita entre nosotros, una pequeña mancha naranja en la inmensidad azul y blanca del valle. El calor de las llamas me escuece en las mejillas, pero el frío del lago todavía me muerde la espalda. Tyler ha construido la hoguera con una eficiencia silenciosa, moviéndose con esa gracia pesada que solo los atletas de élite poseen.

Él está sentado en una roca frente a mí, con las manos extendidas hacia el fuego. Ya no lleva las protecciones; solo la camiseta térmica que se pega a su pecho como una segunda piel. Sin la máscara, parece más joven, pero también más peligroso.

—Me odias —dice de pronto. No es una pregunta; es una observación lanzada a las llamas—. No es solo el trabajo, ni el frío de Vail Creek. Odias lo que represento.

Me quedo mirando cómo el humo se pierde en el cielo plomizo. El silencio entre nosotros es un espacio seguro que estoy a punto de dinamitar.

—No te odio a ti, Tyler —respondo, y mi voz suena extraña en la quietud—. Odio la mitología que os rodea. Esa idea de que sois dioses porque sabéis deslizaros sobre el hielo.

Él levanta la vista. El resplandor del fuego baila en sus pupilas oscuras.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Que los dioses son pésimos seres humanos —suelto con una amargura que no logro filtrar—. Mi padre era uno de ellos. Un nombre que la gente todavía pronuncia con reverencia en las facultades de atletismo. Tenía récords, medallas y una legión de fans que le decían que era eterno.

Hago una pausa, frotando mis manos entumecidas. Tyler no me interrumpe. Escucha con una intensidad que me obliga a seguir.

—Para él, mi madre y yo éramos solo ruido de fondo. Éramos el ancla que le impedía volar hacia su próxima marca. Un día, simplemente decidió que la gloria pesaba menos que la familia. Se marchó para seguir entrenando en una academia de élite en Europa

y nunca volvió a mirar atrás. Ni una llamada, ni una postal. Solo nos dejó recortes de periódico con sus victorias.

Me río, un sonido seco y sin pizca de gracia.

—Por eso estoy aquí, capturando vuestros mejores ángulos. Porque sé que lo que veo a través de mi lente es una mentira con fecha de caducidad. Los deportistas sois solo egos envueltos en músculos, esperando a que una lesión o la edad os devuelvan a la realidad. Y cuando eso pasa, no queda nada.

Tyler se queda inmóvil. El fuego arroja sombras largas sobre su rostro, endureciendo sus facciones. Puedo ver cómo mis palabras impactan en él, cómo se da cuenta de que para mí, él es el villano de una historia que ya he vivido. Él es el hombre que vive para la red, para el aplauso y para un apellido que exige sacrificio.

—No todos somos así —dice al fin. Su voz es baja, casi un susurro.

—Eso es lo que todos decís antes de que el cronómetro se ponga a cero.

Me pongo en pie, sacudiendo la nieve de mis pantalones. La confesión me ha dejado vacía, expuesta de una forma que ni siquiera su foto sin máscara logró. He revelado mi negativo más oscuro, y ahora que él lo ha visto, el aire entre nosotros se siente cargado de una verdad incómoda: Tyler Vance es exactamente el tipo de hombre del que llevo toda la vida huyendo.

Y sin embargo, mientras recojo mi equipo, siento su mirada clavada en mi nuca, y no es la mirada de un ego herido, sino la de alguien que acaba de descubrir que el muro que intentaba saltar es mucho más alto de lo que imaginaba.

Capítulo 14: Entre líneas y estanterías

La librería de don Mateo huele a papel viejo, a cera para madera y a un tiempo que se mueve mucho más lento que un disco de caucho sobre el hielo. Es un laberinto de estanterías que llegan hasta el techo, un lugar donde el ruido del estadio y la presión de los Vance parecen quedarse al otro lado de la puerta de cristal.

He venido aquí a buscarla. Lo sé, aunque intente convencerme de que solo necesito un manual de técnica avanzada para porteros que no esté en la biblioteca del club. Sé que ella se refugia aquí cuando el mundo del hockey le aprieta demasiado el cuello.

Camino por los pasillos estrechos, sintiéndome como un elefante en una cristalería. Mis hombros parecen demasiado anchos para este espacio, y el silencio me resulta casi ensordecedor.

—Buscas algo que no está en la sección de deportes, muchacho —dice una voz cascarrabias a mis espaldas.

Don Mateo está apoyado en su mostrador, limpiando sus gafas con un paño mugriento. Es un hombre que parece haber nacido entre libros y que tiene la mirada de quien ha visto demasiadas historias empezar y terminar. Me observa con un ojo crítico, ignorando mi estatura y mi fama.

—Solo echo un vistazo —miento, aunque sé que no lo engaño.

—Ya. Y yo solo vendo papel —responde con un resoplido. Se agacha bajo el mostrador y saca un volumen pesado, de lomo desgastado—. Deja de perder el tiempo con los manuales de táctica. Toma esto.

Me lanza el libro. Lo atrapo por instinto. El título, grabado en letras doradas casi borradas, reza: La luz y la sombra: Maestros de la fotografía clásica.

—Ella está en el pasillo de arte —añade, volviendo a su tarea sin mirarme—. Intenta no tirar ninguna estantería, Vance.

Aprieto el libro contra mi costado y avanzo hacia el fondo. Allí, entre dos estantes repletos de biografías de pintores, la encuentro.

Sloane está de espaldas, subida a una pequeña escalera de madera. Lleva un jersey de lana que le queda grande y el pelo

recogido en un moño desordenado. Está tan absorta en un ejemplar que ni siquiera me oye llegar. La luz tenue de una bombilla antigua baña su perfil, suavizando los ángulos de su rostro de una forma que mi cámara mental graba a fuego.

Me acerco por el pasillo contiguo. El espacio es tan reducido que, para pasar a su lado, tengo que pegarme a los libros.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —pregunto en voz baja.

Sloane da un respingo y el libro que sostiene está a punto de caerse. Se gira en la escalera, quedando a la altura de mis ojos. Al reconocerme, su expresión oscila entre la sorpresa y esa irritación defensiva que ya conozco bien.

—¿Qué haces aquí, Tyler? No me digas que has venido a cultivar tu intelecto.

—Don Mateo cree que necesito mejorar mi técnica —respondo, mostrándole el libro de fotografía que sostengo.

Ella mira el volumen y luego me mira a mí. El sarcasmo desaparece de sus ojos por un instante, reemplazado por una curiosidad que me acelera el pulso. Intento pasar por su lado para dejarle espacio, pero el pasillo es un callejón sin salida.

Al moverme, mi hombro roza el suyo.

Es un contacto mínimo, apenas un roce a través de la lana y la camiseta térmica, pero la descarga es inmediata. Es una chispa eléctrica que recorre mi brazo y se instala en la base de mi columna. Sloane se tensa, su respiración se corta y, por un segundo eterno, ninguno de los dos se mueve.

Huelo el aroma a café y a papel viejo que emana de ella, mezclado con ese rastro de lluvia que nunca la abandona. Estamos tan cerca que puedo ver el pulso latiendo en su cuello. La tensión sexual en este espacio cerrado es casi asfixiante, mucho más peligrosa que cualquier carga en la banda.

—Estás invadiendo mi ángulo muerto otra vez, Vance —susurra ella, aunque no se aparta.

—Quizá es que tu ángulo muerto es el único lugar donde quiero estar —respondo, bajando la voz hasta que es apenas un murmullo.

Sloane traga saliva y baja de la escalera con un movimiento rápido, rompiendo el hechizo. Pasa a mi lado como una exhalación,

pero antes de desaparecer por el siguiente pasillo, se gira un segundo.

—Lee ese libro, Tyler. Quizá así entiendas que la luz no sirve de nada si no sabes qué hacer con las sombras.

Me quedo solo en el pasillo, con el libro de fotografía quemándome las manos y la sensación de que, en esta librería, acabo de perder un partido que ni siquiera sabía que estaba jugando.

Capítulo 15: Colección privada

Mi apartamento es un espacio de líneas limpias, cristal y sombras. Es el lugar donde el ruido del estadio muere y donde puedo dejar de ser el número treinta y dos para ser simplemente un Vance que no sabe cómo apagar el cerebro.

Cierro la puerta y el silencio me recibe como un reproche. No enciendo las luces principales; prefiero la penumbra que se filtra por los ventanales, bañando los muebles de una luz grisácea. Me dirijo a la mesa del comedor, el único rincón que he permitido que se desordene en las últimas semanas.

Allí, bajo la luz de una lámpara de escritorio, descansa mi colección privada.

No son fotos terminadas. No son los retratos pulidos que Marcus Thorne aprueba para la prensa. Son pruebas de contacto, tiras de imágenes descartadas que Sloane dejó en la papelera del estudio o que "olvidó" en la sala de edición. Las he rescatado una a una, imprimiéndolas en alta resolución para analizar cada píxel.

Extiendo las hojas sobre la mesa. Mi rostro se repite decenas de veces, capturado en ángulos que no reconozco como míos.

En una, estoy ajustándome la máscara; el encuadre es tan cerrado que solo se ven mis ojos, y hay en ellos una fatiga que me asusta. En otra, estoy bebiendo agua, con la cabeza echada hacia atrás; ella ha enfocado la gota que resbala por mi cuello, ignorando la acción que ocurre al fondo.

Pasó la yema del dedo por el papel satinado. No es solo deseo físico, aunque el hambre me retuerza las entrañas cada vez que recuerdo su olor a metal y lluvia. Es algo más profundo, algo que roza la patología. Necesito entender qué es lo que ella busca cuando me enfoca.

Sloane me está desnudando.

No me quita la ropa, pero sus disparos atraviesan la fibra de carbono de mi equipo y la coraza de mi apellido. Ella elige las sombras, los momentos de duda, los segundos en los que bajo la guardia y dejo que el Muro se agriete. Analizo el ángulo que ha

elegido para esa foto en el túnel: es un plano contrapicado que me hace parecer inmenso, pero a la vez terriblemente solo.

—Me ves —susurro al aire vacío del salón.

Es aterrador. Mi hermano Samuel me ve como una inversión, como su legado. Marcus me ve como un producto. Los fans me ven como un salvador o como un culpable. Pero ella... ella me ve como un hombre que tiene miedo de ser transparente.

Cada descarte que he recogido es una pieza de un rompecabezas que no sé si quiero completar. A través de su trabajo, estoy descubriendo que mi mayor secreto no es que pueda fallar en la red, sino que estoy deseando que alguien me obligue a dejar de esconderme.

Recojo las fotos y las guardo en una carpeta de cuero negro, escondiéndolas como si fueran pruebas de un crimen. Y en cierto modo, lo son. Porque cada vez que miro estas imágenes, me doy cuenta de que ya no soy el dueño de mi propia imagen. Le pertenece a ella.

Sloane tiene el control del disparador, y yo solo soy el sujeto que espera, con el aliento contenido, a que ella decida cuándo revelar la verdad completa.

Capítulo 16: Tensión en el Sin Bin

El Sin Bin es un antro de neones azules, serrín en el suelo y ese olor rancio a cerveza derramada y victoria que solo los bares de hockey poseen. He venido aquí buscando ruido, buscando algo que apague el eco de la voz de Tyler en mi cabeza.

Lo que no esperaba encontrar era a Mark.

—Vamos, Sloane, no me digas que este pueblo te ha vuelto tan fría como el paisaje —suelta él, cerrando el espacio entre nosotros.

Huele a bourbon barato y a esa autoconfianza tóxica que siempre odié de él. Mark era el tipo de novio que tenía en la universidad: un atleta de segunda fila con aspiraciones de primera y un ego que no cabía en su coche deportivo. Verlo aquí, en Vail Creek, se siente como un error de revelado, una mancha en una foto que creía haber limpiado hace años.

—He dicho que me sueltes —respondo. Mi voz es un hilo de acero, pero él tiene la mano cerrada sobre mi muñeca con una fuerza que empieza a doler.

—Solo quiero una copa. Una charla sobre los viejos tiempos. Te has vuelto muy reservada con esa cámara, ¿no crees?

Su cara se acerca a la mía, invadiendo mi espacio con esa familiaridad no deseada que me revuelve el estómago. Estoy a punto de clavarle el tacón en el empeine cuando el aire a mi espalda parece congelarse de golpe.

No necesito girarme para saber quién es. El ambiente cambia; el murmullo del bar desciende varios decibelios y la luz de neón proyecta una sombra masiva que nos envuelve a ambos.

Tyler no grita. No empuja. Simplemente se coloca detrás de mí, tan cerca que puedo sentir el calor irradiando de su pecho contra mi espalda. Es una presencia sísmica, una montaña de músculo que hace que Mark parezca un niño jugando a ser hombre.

—Está ocupada —dice Tyler.

Su voz es un susurro gélido, profundo y desprovisto de cualquier emoción que no sea una advertencia letal. Es el tono que usa para ordenar a su defensa en el último minuto de un partido empatado.

Mark parpadea, su mirada sube y sube hasta encontrarse con los ojos de Tyler. Veo el momento exacto en que la valentía del alcohol se evapora, reemplazada por el instinto de supervivencia.

—Solo estamos hablando, colega —balbucea Mark, soltándome la muñeca como si quemara.

—Ya habéis terminado —sentencia Tyler. No se mueve un centímetro, pero el aire vibra con la promesa de una violencia que no necesita ser ejecutada para ser creíble—. Lárgate de mi bar. Ahora.

Mark retrocede, tropieza con una silla y desaparece entre la multitud con la rapidez de un cobarde. Me quedo ahí, con la muñeca ardiendo y el corazón desbocado.

Me giro, lista para estallar. El cinismo es mi única defensa.

—Podía haberme encargado sola, Vance —suelto, aunque mi voz me traiciona con un leve temblor—. No necesito a un caballero de brillante armadura, y menos a uno que huele a hielo y soberbia.

Tyler baja la mirada hacia mí. Sus ojos oscuros están encendidos, fijos en mi rostro con una intensidad que me hace retroceder hasta chocar con el borde de la barra. No se disculpa. No retrocede. Me observa como si fuera algo que le pertenece y que el mundo ha intentado ensuciar.

—No te estaba protegiendo, Sloane —dice, dando un paso que anula cualquier distancia—. Estaba marcando los límites.

La furia me quema por dentro, la rabia de ser "protegida" por un hombre que es el epítome de lo que desprecio. Pero, bajo esa capa de orgullo, un escalofrío de placer oscuro me recorre la columna. Es una reacción física, visceral, que no puedo controlar con la lógica. Su posesividad es un insulto a mi independencia, pero el modo en que su sombra me envuelve me hace sentir, por un segundo terrorífico, que estoy exactamente donde él quiere que esté.

Y eso me asusta mucho más que Mark.

Capítulo 17: Trayectoria de colisión

La nieve golpea el parabrisas con una furia silenciosa, convirtiendo el mundo exterior en un borrón blanco y negro. Dentro del todoterreno, la calefacción escupe aire caliente, pero el ambiente está cargado de una estática que hace que se me erice el vello de los brazos.

Sloane está sentada a mi lado, rígida como una cuerda de violín a punto de romperse. No ha dejado de hablar desde que arrancamos, y cada palabra es un dardo dirigido a mi orgullo.

—No eres mi dueño, Tyler. No eres mi guardaespaldas ni tienes derecho a decidir quién se me acerca y quién no —suelta, gesticulando con las manos. Sus ojos brillan con una rabia que me resulta extrañamente excitante—. Ese tipo era un idiota, sí, pero era mi idiota al que manejar. Tu numerito de macho alfa en el bar ha sido patético.

Aprieto el volante hasta que los nudillos se me vuelven blancos. Intento mantenerme concentrado en la carretera resbaladiza, pero su voz me taladra los sentidos.

—Te estaba tocando, Sloane —digo, y mi voz suena como un gruñido bajo—. No iba a quedarme mirando mientras ese imbécil te ponía las manos encima.

—¡Es que eso es lo que haces siempre! —grita ella, girándose en el asiento—. Mirar. Miras a través de la red, miras a través de los cristales, me miras cuando crees que no me doy cuenta. Pero intervenir es otra cosa. Intervenir significa que crees que tienes algún tipo de control sobre mí, y te aseguro que no lo tienes.

—¿Crees que esto es una cuestión de control? —le devuelvo la mirada un segundo antes de volver a la carretera.

—¡Lo es para ti! Todo en tu vida es control. La portería, tu hermano, tu imagen de muro imperturbable. No soportas que haya algo en tu campo visual que no puedas predecir.

La acusación me golpea donde más duele porque es verdad. Pierdo la paciencia. El todoterreno derrapa ligeramente sobre una

placa de hielo y, en un movimiento brusco, piso el freno y giro el volante hacia el arcén.

El vehículo se detiene en seco con una sacudida. El silencio que sigue es ensordecedor, solo roto por el siseo del ventilador y el latido desbocado de mi propio corazón.

Me desabrocho el cinturón y me inclino hacia ella, invadiendo su lado del coche hasta que Sloane se queda pegada contra la puerta.

—¿Quieres saber qué es lo que no puedo controlar? —le pregunto, y mi voz vibra con una intensidad peligrosa.

Ella no retrocede. Me sostiene la mirada, con la respiración agitada y los labios entreabiertos. El calor en el coche es sofocante. El vaho de nuestras respiraciones empieza a empañar los cristales, creando una barrera opaca que nos aísla de la tormenta, del equipo y de Vail Creek.

Estamos a milímetros. Puedo ver las chispas doradas en sus pupilas y el rastro de la nieve derretida en sus pestañas. El aroma a lluvia de su piel me nubla el juicio.

—No puedo controlar que cada vez que entras en una habitación, mi enfoque se desvíe hacia ti —susurro, y mi mano se alza, sin llegar a tocarla, pero sintiendo su calor—. No puedo controlar que prefiera encajar diez goles antes de que alguien te ponga un dedo encima. Y sobre todo, no puedo controlar lo mucho que deseo que dejes de gritarme y me mires como si yo fuera lo único que merece la pena capturar.

Sloane traga saliva. Su mirada baja a mis labios y la tensión sexual se vuelve algo físico, un peso que nos aplasta a ambos. El cristal está totalmente empañado; el mundo ha desaparecido. Solo existimos nosotros dos, el calor de la calefacción y esta trayectoria de colisión que ninguno de los dos sabe cómo frenar.

Sus dedos rozan el borde de mi chaqueta. Estoy a un suspiro de romper la última regla, de devorar esa boca que no deja de desafiarme, cuando ella cierra los ojos y apoya la frente contra la mía.

—Tyler... —murmura, y es la primera vez que mi nombre suena como una rendición en sus labios.

Capítulo 18: Tras la puerta

Mis manos tiemblan tanto que me cuesta acertar con la llave en la cerradura. El aire del rellano es frío, pero mi espalda todavía irradia el calor del coche de Tyler. Él está justo detrás de mí, una presencia masiva que bloquea la luz del pasillo. Dice que es por seguridad, por si a Mark se le ocurre aparecer, pero los dos sabemos que es una excusa tan frágil como el hielo de abril.

La puerta cede al fin. Debería despedirme. Debería darle las gracias con la frialdad de una profesional y cerrar la puerta en su cara.

—Pasa —suelto, sin mirarlo.

Es un impulso de rebeldía, una forma de demostrarme que no le tengo miedo, ni a él ni a lo que me hace sentir.

Tyler entra en mi apartamento y, de repente, mi salón parece haber encogido. Es un gigante caminando por una caja de cristal. Se mueve con cautela, evitando rozar las estanterías donde guardo mi colección de cámaras analógicas, reliquias de metal y lente que han sobrevivido a más guerras que él.

Se detiene frente a la pared principal. No hay fotos de Vail Creek allí. Solo hay mapas de África marcados con chinchetas rojas, notas sobre rutas de transporte en el Congo y fotografías de luz cruda: niños con ojos que lo han visto todo y llanuras donde el horizonte no tiene fin.

—África —dice él. Su voz suena extraña entre estas paredes, más profunda—. Así que este es el lugar por el que estás dispuesta a aguantarme.

—Es el lugar donde la luz es de verdad, Tyler. Donde nada está montado para una grada.

Me quito el abrigo y lo dejo en el sofá, intentando recuperar mi centro. Él se gira y me observa. La iluminación de mi apartamento es tenue, cálida, y resalta la sombra de su barba de varios días. Se acerca a mí con esa lentitud que me desarma.

Se detiene frente a mí. El silencio se vuelve físico, un peso que me presiona el pecho. Tyler levanta la mano. No es un movimiento

brusco, es casi una duda. Sus dedos largos y ásperos rozan la piel de mi cuello, justo en el borde de mi jersey de lana.

Cierro los ojos. Su calor me marca como un hierro al rojo vivo. Es un contacto mínimo, pero siento cómo mi pulso salta bajo su yema, delatándome.

—Tienes la piel fría —susurra, y su pulgar se desliza un milímetro hacia arriba, rozando la base de mi mandíbula.

—Es el clima de este pueblo —logro decir, aunque mi voz es apenas un aliento.

—No —responde él, dando un paso más, eliminando cualquier rastro de aire entre nosotros—. Es el muro que intentas mantener entre tú y yo. Pero estás temblando, Sloane. Y los muros no tiemblan.

Me obliga a abrir los ojos. Su rostro está tan cerca que puedo ver la intensidad de su fijación, una necesidad de posesión que no tiene nada que ver con el bar y todo que ver con este espacio cerrado. Sus dedos siguen ahí, marcando mi territorio, recordándome que, aunque yo sueñe con África, ahora mismo su calor es lo único que me mantiene anclada a la tierra.

Capítulo 19: Visiones de libertad

Mis dedos se retiran de su cuello con una lentitud que me duele. La piel de Sloane es suave, pero vibra con una resistencia que no puedo ignorar. Me obligo a apartar la mirada de sus ojos y la dirijo hacia el tablón que domina el salón.

Es un caos organizado de libertad.

Me acerco a la pared, sintiéndome como un intruso en un santuario que no entiendo. Hay fotos de niños con sonrisas que parecen desafiar al polvo de la sabana, paisajes donde el sol no es un reflejo en el hielo, sino una explosión de luz cruda que lo consume todo. Hay recortes de rutas, horarios de vuelos comerciales y mapas con anotaciones en los márgenes sobre la seguridad en las fronteras.

Aquí no hay rastro de la elegancia de los Blizzard. No hay logotipos, ni estadios, ni la perfección aséptica de Vail Creek.

—Esto es lo que quieres —digo, y mi voz suena extraña en la quietud del apartamento—. No es solo un viaje. Es tu salida de emergencia.

Sloane se apoya en el marco de la cocina, cruzando los brazos sobre el pecho. La luz de la lámpara dibuja una línea de oro en su moño desordenado.

—No busco una salida de emergencia, Tyler. Busco mi vida. Vail Creek es... una pausa. Un medio para un fin.

Recorro con la vista una fotografía de un jeep avanzando por un camino de tierra roja. Entiendo, con una claridad que me hiela la sangre, que este pueblo es una cárcel para ella. Ella no quiere una vida de eventos de caridad, de esperar en los pasillos de los aeropuertos mientras yo juego en Detroit o Nueva York. No quiere ser una "esposa de jugador" que decora su casa con trofeos de cristal.

Ella quiere el peligro. Quiere el polvo. Quiere la luz de verdad.

Siento el primer pinchazo de un miedo real, un tipo de pánico que no se parece a la presión de una final. Si permito que esto avance, si dejo que esta obsesión se convierta en algo más profundo, el final

ya está escrito. Amarla significa aceptar que su felicidad está a miles de kilómetros de cualquier red que yo pueda proteger.

—Es peligroso —murmuro, señalando una nota sobre un conflicto civil en una aldea cercana a Sudán—. ¿Por qué quieres ir allí?

—Porque allí las cámaras importan, Tyler. Porque allí no retrato a tipos ricos que se golpean por un disco. Allí retrato la supervivencia.

Me giro hacia ella. El espacio sigue sintiéndose pequeño, pero ahora es por una razón distinta. Ya no es solo mi tamaño; es la inmensidad de sus sueños lo que me asfixia. Si la retengo aquí, la marchito. Si la dejo ir, la pierdo en el lugar más peligroso del mundo.

Ella me observa, esperando el juicio, esperando que me ría o que intente convencerla de que Vail Creek es suficiente. Pero no puedo. Solo puedo quedarme ahí, atrapado entre mi necesidad de poseerla y la comprensión devastadora de que Sloane no ha nacido para ser la sombra de ningún hombre, y menos la de un Vance que vive atrapado en una caja de hielo.

Capítulo 20: Lecciones de equilibrio

El Ice Palace a las tres de la mañana es un fantasma de hormigón. Sin el público, el silencio tiene un eco metálico que hace que cada una de nuestras palabras flote como el vaho en el aire. Hemos venido aquí huyendo de la intensidad del apartamento, pero el vacío del estadio solo consigue que estemos más expuestos.

—No es magia, Tyler. Es física —le digo, mientras sostengo mi cámara frente a sus ojos.

Él me observa con una paciencia que me inquieta. Está sentado en el banquillo, con los codos apoyados en las rodillas.

—Explícamelo otra vez —pide. Su voz suena profunda en la inmensidad de la pista.

—Se llama el triángulo de exposición. Apertura, velocidad de obturación e ISO. Tienes que equilibrar los tres para que la luz no queme la imagen ni la deje en sombras. Si abres mucho el diafragma, entra luz, pero pierdes profundidad. Si disparas muy rápido, congelas el movimiento, pero necesitas que el sensor sea más sensible. Todo es una cuestión de equilibrio.

Tyler asiente, pero su mirada no está en la lente, sino en mi boca.

—Equilibrio —repite, poniéndose en pie—. Ahora es mi turno.

Me conduce hacia la puerta de la pista. Siento un nudo en el estómago cuando me obliga a ponerme un par de patines que me quedan ligeramente grandes. Al pisar el hielo, mi mundo de ángulos y luz se desmorona. Mis tobillos se doblan y el pánico me recorre la columna.

—No puedo hacer esto, Tyler. No tengo el sensor configurado para esto.

Antes de que mis rodillas toquen el suelo, sus manos me atrapan. Tyler me sujeta por la cintura con una firmeza que me corta la respiración. Me pega a su cuerpo para estabilizarme; él no lleva patines ahora, solo sus botas, pero se mueve sobre la superficie resbaladiza con una seguridad insultante.

—Mírame a mí, no al suelo —ordena.

Me obliga a rodearle el cuello con los brazos para no caer. La cercanía es insoportable. Mi rostro queda a la altura de su pecho y puedo oler el calor que emana de él. Al deslizarme torpemente, mis muslos rozan los suyos. Tyler me guía con movimientos lentos, sus manos marcando mi cintura a través del jersey, quemándome la piel.

Levanto la vista y me encuentro con sus ojos. No hay rastro del portero frío y calculador que detiene discos a ciento cincuenta kilómetros por hora. Bajo su armadura, bajo la fachada del «Muro», Tyler Vance es puro fuego. Es una hoguera que amenaza con consumir mi objetividad, mi viaje a África y cada una de las defensas que he construido.

—El equilibrio no se explica, Sloane —susurra, inclinándose hasta que su frente roza la mía—. Se siente. Tienes que dejar de intentar medir la luz y empezar a sentir el frío.

Me aprieta más contra él. El roce de su cuerpo es una lección de anatomía que no venía en mis manuales. Estoy temblando, y no es por la temperatura de la pista. Me doy cuenta de que, en su triángulo de exposición, yo soy la que se está quemando por exceso de luz.

Por primera vez, no quiero que la imagen se congele. Quiero que este movimiento dure para siempre, aunque sepa que, al final del trayecto, solo nos espera la colisión.

Capítulo 21: Fantasmas en Detroit

Detroit huele a metal oxidado y a promesas rotas. A través del ventanal de la suite del hotel, las luces de la ciudad parecen esquirlas de cristal sobre un manto de terciopelo oscuro. Para el resto del equipo, esto es solo un viaje de negocios; para mí, es un descenso a la tumba donde Samuel dejó su carrera y su cordura.

Cada rincón de este hotel me recuerda a los titulares de prensa de hace años, a las llamadas nocturnas que Grace contestaba entre sollozos y al silencio devastador que siguió a la lesión de mi hermano. Samuel nunca volvió a ser el mismo después de aquella noche, y yo me convertí en el encargado de recoger los pedazos de un apellido que Detroit intentó triturar. Recuerdo la cara de Liam en aquellos tiempos, el enemigo que celebraba mientras nuestro mundo se hundía. Ahora Liam es familia, pero Detroit sigue siendo el verdugo.

Me duermo por puro agotamiento, pero el descanso es una trampa. En mis sueños, no soy el portero titular de los Blizzard; soy el niño que observa desde la grada cómo su héroe cae para no volver a levantarse. Oigo el chasquido del hueso, el grito ahogado que el estadio intentó silenciar con un aplauso piadoso. Y luego, el disco. Un disco de caucho que se convierte en un proyectil de fuego que me golpea una y otra vez, atravesando mi pecho porque no soy lo suficientemente fuerte para detenerlo. No soy el Muro. Soy el eco de un fracaso que no me pertenece, pero que cargo como si fuera mío.

Me despierto de golpe, con el cuerpo empapado en sudor frío y el aire atascado en la garganta. El silencio de la habitación de lujo me oprime más que cualquier pesadilla. Mi mente viaja a lo que Samuel me dijo antes de subir al avión: "No dejes que esa ciudad te mire a los ojos, Tyler. Si te encuentra débil, te devorará".

Salgo al pasillo sin pensar, descalzo, con los pulmones ardiendo. Necesito una distracción, una luz que no sea este neón azul de Detroit. Me detengo frente a la puerta de la habitación 412. La

habitación de Sloane. Ella es la única que ha visto mi grieta, la única que no espera que sea un Vance perfecto.

No tengo que llamar. La puerta se abre antes de que mi mano llegue a la madera, como si ella estuviera esperando el impacto de mi desmoronamiento.

Sloane está ahí, con un pijama de seda oscuro y el pelo cayendo sobre sus hombros como una catarata de sombras. Tiene la mirada cargada de una preocupación que me desarma, una mirada que no busca la foto perfecta, sino el hombre real.

—Te he oído a través de la pared, Tyler —susurra. Su voz es una caricia en mitad del naufragio—. Estabas gritando.

Me quedo en el umbral, incapaz de dar un paso más. Mi altura, mi fuerza, toda esa musculatura que entreno para ser invencible... ahora no sirve de nada. Soy un hombre roto en el pasillo de un hotel de Detroit, el mismo lugar donde empezó la maldición de mi familia. Mis manos tiemblan y odio que ella lo vea, pero el peso de los secretos es demasiado grande.

—Es esta ciudad —logro decir, y mi voz suena quebrada, extraña —. Detroit se lo tragó todo, Sloane. Se tragó la pierna de mi hermano y casi se lleva la alegría de Grace. Tengo la sensación de que el hielo de mañana es una boca abierta, esperando a que yo cometa el mismo error para terminar el trabajo con los Vance.

Sloane da un paso hacia adelante. No hay cámara entre nosotros, no hay filtros, no hay objetivos que distorsionen la realidad. Solo su mano pequeña buscando la mía, entrelazando sus dedos con los míos en un gesto de anclaje que me devuelve el oxígeno.

—Tú no eres Samuel, Tyler —dice con una firmeza que me obliga a mirarla—. Samuel tuvo que caer para que tú aprendieras a volar sobre el hielo. Y yo no soy una espectadora de tu caída. No estoy aquí para documentar tu fracaso, estoy aquí para recordarte quién eres cuando las luces se apagan.

Es la primera vez que me permito apoyarme en alguien sin sentir que el mundo se va a desplomar. Inclino la cabeza hasta que mi frente descansa en su hombro, inhalando su aroma a lluvia y a esa paz que solo existe en su presencia. En este momento, frente a ella, el Muro ha dejado de existir. Solo queda el hombre que tiene miedo

de los fantasmas de su hermano, buscando refugio en la única persona que ha sido capaz de fotografiar su alma antes de que él supiera que aún la conservaba.

Capítulo 22: La sombra del Muro

La cafetería del hotel es un espacio de diseño aséptico, lleno de hombres de negocios que hablan de acciones y ejecutivos de la liga que diseccionan el partido de esta noche. El café en mi taza está negro, amargo y humeante, pero mi atención está fijada en el hombre sentado frente a mí.

Tyler parece haber recuperado parte de su compostura, pero las sombras bajo sus ojos delatan la batalla de anoche. Juega con una servilleta, destrozándola con sus dedos largos, mientras observa el tráfico de Detroit a través del cristal.

—Samuel era la perfección —suelta de pronto, sin mirarme—. No importaba el ángulo, el tiro o la potencia; él siempre estaba allí. Era el Muro original. Yo... —hace una pausa y su mandíbula se tensa—. Yo solo soy el que intenta que las grietas no se noten, Sloane.

Escucharlo decir eso me produce una punzada de dolor que no esperaba. Su obsesión por el control, sus paradas acrobáticas, su necesidad de que yo lo enfoque constantemente... no es ego. Es pánico. Tyler no juega para ganar; juega para no ser la decepción que arruine el apellido familiar. Su perfeccionismo es el pegamento que mantiene unidas las piezas de un hombre que se siente un impostor en su propio éxito.

—Crees que si parpadeas, todos verán que no eres él —digo suavemente.

—Lo sé —corrige él, fijando sus ojos oscuros en los míos—. Detroit lo rompió a él, que era mejor que yo. ¿Qué crees que me hará a mí si cometo un solo error esta noche?

Me doy cuenta de que la mirada que capturé en el lago Mirror, esa soledad inmensa, es el miedo a desaparecer. Tyler vive convencido de que, si no es perfecto, es invisible.

No le digo que se equivoca. Las palabras de consuelo baratas no sirven con alguien como él. En lugar de eso, saco mi cámara del bolso y la coloco sobre la mesa, entre nosotros. Es mi escudo y mi lenguaje.

Ajusto el dial con un clic seco que lo obliga a prestar atención. Lo encuadro a través del visor, ignorando a los camareros y el murmullo de la cafetería. En el centro de mi objetivo, Tyler no es un Vance, ni el hermano pequeño de una leyenda, ni una inversión de Marcus Thorne.

Es simplemente él. El único punto de luz que importa en este encuadre.

Le sostengo la mirada por encima de la cámara, una promesa silenciosa que vibra entre nosotros. No necesito hablar para decirle que, mientras yo esté detrás de esa lente, no habrá sombras de Samuel que puedan alcanzarlo. En mi objetivo, él nunca será una grieta; será el protagonista absoluto de una historia que solo él tiene derecho a escribir.

Tyler exhala un suspiro largo, y por primera vez en toda la mañana, sus hombros se relajan. Ha entendido el mensaje. Ya no es el Muro protegiendo a los demás; ahora es él quien está siendo protegido por mi mirada.

Capítulo 23: La parada perfecta

El aire en el estadio de Detroit es espeso, cargado de una hostilidad que puedo sentir en la punta de mis dedos. El marcador digital parpadea con una insistencia obscena: empate a tres. Quedan diez segundos. Diez segundos para que Detroit me devore o para que yo reclame mi nombre.

El rugido del público es un trueno que golpea mis sienes, pero mi mente está en otro lugar. Antes de colocarme en posición de mariposa, busco el foso. Allí, entre el caos de chaquetas de prensa y cables, está ella. Sloane no se mueve; es una estatua de concentración con el ojo pegado al visor.

Mírame ahora, ruego en silencio. Captura esto.

El disco cae. El centro de los Blizzard pierde el saque neutral y el delantero de Detroit se hace con el control. Cruza la línea azul como una exhalación. Mi defensa se abre, superada por la velocidad del contraataque. Es un uno contra uno. El escenario que Samuel siempre temió.

El delantero carga el disparo. Sé que va a buscar el ángulo corto, arriba, donde el hombro del portero suele fallar. El tiempo se dilata. Oigo el chasquido del stick golpeando el caucho y veo el disco elevarse, un borrón negro que viaja a una velocidad suicida.

No pienso. No calculo. No soy el Muro que resiste; soy el rayo que intercepta.

Me impulso con la cuchilla izquierda, lanzando todo mi peso hacia el aire. Vuelo. Literalmente vuelo. Siento cómo mi cuerpo se estira hasta el límite, desafiando la gravedad y la lógica. El disco golpea el centro de mi guante con un impacto sordo que reverbera por todo mi brazo, pero no lo suelto. Lo atrapo en pleno vuelo antes de estrellarme contra el hielo con una violencia que me saca el aire de los pulmones.

La bocina final suena justo cuando impacto contra la superficie.

El estadio, que hace un segundo era un manicomio, se sumerge en un silencio de incredulidad antes de estallar en una mezcla de abucheos y aplausos forzados. Mis compañeros de equipo saltan al

hielo, gritando, lanzándose sobre mí en una maraña de guantes y protectores. Me aplastan, me golpean el casco, celebran la victoria que acabo de asegurar.

Pero yo no estoy con ellos.

Desde el suelo, con el pecho subiendo y bajando y el sabor a metal en la boca, giro la cabeza hacia la banda. Aparto a Liam de un empujón suave para despejar mi línea de visión.

A través de la maraña de piernas y uniformes, mis ojos encuentran los de Sloane. Ella ha bajado la cámara por primera vez en todo el partido. No está celebrando. No está gritando. Simplemente me mira con una expresión que no puedo describir, una mezcla de orgullo y algo mucho más peligroso.

En este estadio inmenso, bajo las luces cegadoras de Detroit, el resto del mundo desaparece. No hay fantasmas de Samuel. No hay presión de los Vance. Solo estamos nosotros dos, conectados por un hilo invisible de luz y sombra. He hecho la parada de mi vida, pero el verdadero premio no es el marcador. Es saber que, en su tarjeta de memoria y en su mente, soy el único hombre que importa.

Capítulo 24: Cero filtros

El pasillo de carga del estadio es un túnel de hormigón crudo, iluminado por fluorescentes que parpadean y lleno del eco de los motores de los camiones de retransmisión. El aire está cargado de un frío industrial, pero mis venas son puro fuego. Todavía tengo la imagen de su parada grabada en la retina; no necesito el visor para ver a Tyler volando, desafiando a sus fantasmas y al mundo entero.

Camino rápido, esquivando a los operarios que recogen el cableado, buscando una salida, buscando aire. Pero lo que encuentro es a él.

Tyler aparece entre las sombras de unos contenedores metálicos de equipo. Todavía lleva la parte inferior del uniforme y la camiseta térmica pegada al cuerpo, empapada de sudor y gloria. No dice nada. No hay espacio para las ironías ni para los desafíos verbales.

En un movimiento que me deja sin aliento, me agarra de la cintura y me estampa contra la pared de hormigón. El impacto no es doloroso, es una reclamación. Sus manos, todavía calientes por el esfuerzo, se entierran en mi pelo mientras su cuerpo masivo me acorrala, anulando cualquier posibilidad de escape.

Y entonces, me besa.

Es un beso hambriento, desesperado, un choque de labios que sabe a sal, a adrenalina y a esa victoria amarga que solo Detroit podía ofrecerle. No hay delicadeza en el contacto; es una colisión de meses de tensión acumulada, de miradas a través del cristal y de deseos reprimidos en coches empañados.

Mis dedos se entumecen. La cámara, mi escudo, mi forma de entender el mundo, resbala de mis manos. Oigo el golpe seco de la lente contra el suelo, pero por primera vez en mi vida, no me importa si el cristal se rompe. Por primera vez, dejo de ser la observadora. Dejo de encuadrar la realidad para empezar a ser parte de ella.

Rodeo su cuello con los brazos, tirando de él, queriendo desaparecer en el calor de su piel. Tyler gruñe contra mi boca, un sonido bajo y animal que vibra en mi pecho. Sus manos bajan por

mi espalda con una urgencia que me hace gemir, marcando cada centímetro de mi piel como si estuviera revelando un negativo bajo el agua.

—Sloane —murmura entre besos, y mi nombre suena como una confesión, como el único filtro que le queda.

En este pasillo oscuro, rodeados de metal y cemento, no hay ISO, ni apertura, ni reglas de composición. Solo existe la presión de su cuerpo contra el mío y la certeza de que acabo de soltar lo único que me mantenía a salvo del caos. He dejado de mirar. He empezado a sentir. Y lo que siento es que este hombre me va a destruir de la forma más hermosa posible.

Capítulo 25: Fuera de límites

El zumbido de los motores del avión privado es un recordatorio constante de que estamos regresando a la realidad. A treinta mil pies de altura, Detroit ya no es más que una mancha de luces que se desvanece tras la ventanilla, pero el sabor de Sloane sigue quemándome los labios.

La cabina está en penumbra. La mayoría de los chicos duermen, agotados tras la victoria, o celebran en voz baja al fondo del pasillo. Yo estoy sentado en la fila seis, con la cabeza apoyada en el respaldo, fingiendo que analizo las estadísticas del partido en mi tableta.

Ella está tres filas más atrás, en el lado opuesto.

Me giro apenas unos grados, lo suficiente para verla a través del pasillo. Sloane tiene la mirada fija en su cámara, revisando las fotos de la noche con una intensidad que me hace desear ser el cristal de su lente. La luz azulada de la pantalla ilumina su rostro, resaltando la hinchazón de sus labios... una marca que yo mismo he dejado hace menos de una hora.

De pronto, ella levanta la vista.

Nuestras miradas se enganchan en la oscuridad del avión. No hay sonrisas, no hay gestos de complicidad. Lo que hay entre nosotros es el peso de una sentencia. Sabemos que Marcus Thorne no es un hombre que perdone las distracciones, y lo que ocurrió en ese pasillo de carga no es una distracción: es una traición directa a la estructura del equipo. Si esto sale a la luz, su carrera como fotógrafa de élite termina antes de empezar, y mi reputación como el «Muro» intocable se hundirá bajo el peso del escándalo.

Sloane sostiene mi mirada, y en ese silencio compartido, trazamos las líneas de nuestro propio campo de juego.

No habrá paseos por Vail Creek. No habrá cenas a la luz de las velas ni presentaciones oficiales. Lo nuestro no admite filtros ni testigos. Es un pacto sellado en el vacío: lo que ocurre en las sombras, se queda en las sombras.

Ella asiente de forma imperceptible, un movimiento de cabeza que confirma nuestra condena mutua. Se vuelve hacia su cámara y, con un movimiento deliberado de sus dedos, empieza a borrar. No borra las fotos de la parada, ni las del equipo. Borra los rastros, las pruebas, los momentos en los que su lente se demoró demasiado en mí.

Mi pecho se aprieta con una mezcla de frustración y un deseo que roza lo insano.

A partir de ahora, nuestra obsesión es privada. Seremos profesionales frente al mundo, enemigos cordiales ante la prensa, pero cuando las luces se apaguen y las puertas se cierren, seremos dos náufragos buscando calor en mitad de un invierno que nunca termina.

Me obligo a mirar al frente, cerrando los ojos mientras el avión se inclina hacia Vail Creek. El Acto 2 ha terminado y hemos cruzado todos los límites posibles. Ahora solo queda ver cuánto tiempo podemos jugar en la oscuridad antes de que la luz de la verdad nos queme vivos.

Capítulo 26: Cuarto oscuro

El aire en el pequeño baño transformado es denso, saturado del olor acre del ácido acético y el fijador. La luz roja, monocromática y densa, baña las paredes y las cubetas de revelado, convirtiendo el espacio en una dimensión donde el tiempo se detiene y las sombras cobran vida propia.

Oigo el sonido de la puerta principal abrirse. No necesito preguntar quién es. Solo una persona tiene la llave y la osadía de entrar en mi santuario sin avisar.

Tyler aparta la cortina negra que sella el cuarto oscuro. Su figura bloquea la entrada, su silueta recortada por la luz normal del pasillo antes de que la cierre tras de sí, sumergiéndonos de nuevo en ese carmesí asfixiante.

—Te he dicho que no puedes entrar cuando estoy revelando —murmuro, aunque no hay convicción en mi voz.

—No me importa el papel, Sloane. Me importas tú.

Se acerca. El espacio es tan reducido que su calor corporal eleva la temperatura de la habitación en segundos. Mis manos, todavía húmedas por los químicos, tiemblan mientras sostengo unas pinzas. Tyler no espera a que termine. Me rodea la cintura con sus manos grandes y me eleva, sentándome en el estrecho borde de la encimera, entre los líquidos de revelado y las pinzas de madera.

El contacto es eléctrico. Sus labios buscan mi cuello con un hambre que me hace arquear la espalda. Es pura adrenalina: el miedo a que Marcus llame a su puerta, el riesgo de que el equipo descubra que su portero estrella se está perdiendo en el apartamento de la fotógrafa que debería ser su sombra profesional.

—Tyler... el líquido... se va a estropear —jadeo, aunque mis manos ya se han enredado en su pelo, tirando de él hacia mí.

—Que se joda el líquido. Que se joda el estadio —gruñe contra mi piel. Su voz suena ronca, deformada por una necesidad física que me consume—. Prefiero estar aquí, en esta penumbra contigo, que bajo todos los focos del mundo. Allí fuera solo soy un número. Aquí soy tuyo.

Sus manos descienden por mis muslos con una urgencia posesiva. En este cuarto oscuro, sin cámaras que registren la verdad, nos entregamos a una pasión clandestina que sabe a secreto y a peligro. Es una comunicación sin filtros, una forma de poseernos que va más allá del sexo; es una huida.

Bajo la luz roja, su piel parece de fuego. Cada beso es un disparo de obturador en mi memoria, cada gemido una confesión que no nos atrevemos a decir bajo el sol de Vail Creek. Tyler me marca, me reclama, y yo me aferro a sus hombros anchos como si fueran el único suelo firme en un mundo que está a punto de salir ardiendo.

En la cubeta de revelado, una de las fotos de su rostro empieza a aparecer lentamente bajo el líquido. Pero no la miro. No necesito ver su imagen cuando tengo al hombre, real y desesperado, rompiendo todas mis defensas en la oscuridad.

Capítulo 27: Distracción fatal

El frío del Ice Palace esta mañana no me despeja; me irrita. Mis articulaciones se sienten pesadas, y no es por el entrenamiento de ayer. Es el eco del cuarto oscuro. Todavía puedo sentir el rastro de los dedos de Sloane en mis costados y el olor a fijador químico mezclado con su piel.

Me coloco en la portería, ajustándome la máscara. A través de la rejilla, el mundo debería reducirse a un disco negro de caucho. Pero no es así.

—¡Vance! ¡Atento! —grita el entrenador.

El delantero lanza un disparo desde el círculo de velocidad. Es un tiro flojo, previsible, a media altura. En cualquier otro momento, mi guante lo habría interceptado sin siquiera pensarlo. Pero justo cuando el disco sale del stick, mi mente traiciona el presente. Visualizo la curva de la espalda de Sloane bajo la luz roja, la forma en que su respiración se cortó cuando la subí a la encimera...

El disco golpea el poste y entra. Ni siquiera me he movido.

—¿Qué demonios ha sido eso, Tyler? —Liam patina hacia mí, frunciendo el ceño—. Te ha pasado por el lado como si fueras un cono.

—Estoy en ello —gruño, golpeando los postes con mi palo para recuperar la posición.

Pero no estoy en ello. El siguiente tiro es un rebote sucio que debería cubrir con el cuerpo. Llego tarde. Mi reacción es lenta, como si estuviera patinando a través de melaza. Mi coordinación ojo-mano, esa precisión quirúrgica que me hizo famoso, está fracturada. Mi mente está ocupada reproduciendo fotogramas de ella, revelando recuerdos prohibidos en lugar de procesar la trayectoria del disco.

Un silbato corta el aire con la fuerza de un látigo.

Samuel patina hacia la red. No viene como un hermano; viene como el capitán, como la sombra del Muro original que no tolera la mediocridad. Los demás jugadores se apartan, intuyendo la tormenta.

Samuel me acorrala contra la red, golpeando el hielo con sus patines tan cerca de los míos que saltan esquirlas. Se inclina, pegando su casco al mío, y su voz llega cargada de una furia contenida que me hiela la sangre.

—¿Dónde estás, Tyler? Porque aquí, en este hielo, no queda nada de ti.

—He dormido mal, es todo —intento zafarme, pero él me pone el guante en el pecho, inmovilizándome contra la red.

—Estás lento. Estás distraído. Estás fallando paradas que un portero de secundaria detendría con los ojos cerrados —me espeta, y sus ojos tras la rejilla son dos cuchillos—. No sé qué te traes entre manos fuera de este estadio, pero escúchame bien: si no recuperas el foco ahora mismo, te sacaré del hielo. No me importa que seas mi hermano. No dejaré que hundas al equipo porque no puedes mantener la cabeza en el juego.

Se aleja de un empujón, dejándome solo en la portería.

Me quedo inmóvil, escuchando el jadeo de mi propia respiración. El miedo me recorre el cuerpo, pero no es miedo a Samuel. Es la comprensión devastadora de que tiene razón. Mi obsesión por Sloane no solo está ocupando mis noches; está devorando mi identidad. El Muro se está desmoronando, pieza a pieza, porque he permitido que una mujer sea más real que el deporte que me lo ha dado todo.

Si no tengo el hockey, no soy nada. Pero si no la tengo a ella, siento que ya no quiero ser nadie.

Capítulo 28: El billete de ida

He elegido este café precisamente porque no tiene nada que ver con el hockey. Aquí no hay banderines de los Blizzard, ni fotos firmadas, ni televisores sintonizados en la cadena deportiva. Solo hay olor a grano tostado y el murmullo de gente que no sabe quién es Tyler Vance.

Tengo el portátil abierto sobre la mesa de madera desconchada. El cursor parpadea en la bandeja de entrada, una pequeña línea negra que parece marcar el ritmo de mi ansiedad.

Entonces, llega.

El asunto del correo es corto: Confirmación de asignación – Sudán del Sur.

Hago clic con los dedos entumecidos. Mis ojos recorren las líneas con una mezcla de euforia y terror. Me quieren allí. Una agencia internacional ha visto mi portafolio, el de verdad, el que tiene polvo y sangre y no sudor de gimnasio. Me ofrecen un reportaje de guerra de tres meses. Es mi billete de salida de esta burbuja de cristal y hielo. Es todo por lo que he trabajado desde que cogí mi primera cámara analógica para huir de la sombra de mi padre.

Debería estar celebrando. Debería llamar a mi madre. Debería estar haciendo las maletas.

En lugar de eso, alargo la mano y enciendo mi cámara, que descansa junto a la taza de café. Paso las fotos de la tarjeta de memoria. No busco los paisajes de Colorado ni las pruebas de iluminación del estudio.

Me detengo en una imagen de Tyler.

Es una foto que tomé en el cuarto oscuro, bajo la luz roja, mientras él no miraba. Solo se ve su perfil, la línea dura de su mandíbula y esa expresión de paz que solo muestra cuando estamos solos. En esa imagen, no es el «Muro». Es el hombre que me sostiene por la cintura como si fuera lo único sólido en su mundo.

El éxito tiene un sabor metálico y amargo, muy parecido al fijador de fotos.

Para ganar mi carrera, para ser la fotógrafa que siempre soñé, tengo que perderlo a él. No hay término medio. No puedo llevarme a un portero de la NHL a una zona de conflicto, y él no puede dejar su red sin destruirse a sí mismo. Sudán no es Vail Creek; allí no hay pactos silenciosos en el pasillo de un avión. Allí solo hay supervivencia, y Tyler Vance es la única debilidad que no puedo permitirme llevar en la mochila.

Cierro la tapa del portátil con un golpe seco. La pantalla se apaga, pero el peso de ese correo sigue ahí, hundiéndome en el asiento. He pasado años odiando a los atletas por abandonar todo por la gloria, por ser egos con fecha de caducidad. Y ahora, me doy cuenta de que soy exactamente igual que ellos.

Voy a elegir mi gloria. Voy a elegir mi cámara. Pero mientras miro la foto de Tyler en la pantalla de la cámara, sé que, aunque consiga la portada del año, habré perdido el único enfoque que me hacía sentir viva de verdad.

Capítulo 29: Encuadre roto

He venido aquí para pedir perdón. Para decirle que Samuel tiene razón, que estoy perdiendo el foco, pero que no me importa si el precio es tenerla a ella. Traigo conmigo una copia de las llaves de mi propio apartamento, un gesto que para un Vance equivale a entregar los códigos de una caja fuerte.

Entro en su salón en silencio. El apartamento está a oscuras, solo iluminado por el resplandor de las farolas de la calle. Sloane no está, pero su portátil sigue abierto sobre la mesa del comedor, emitiendo un brillo azulado que corta la penumbra.

Me acerco, con la intención de cerrarlo para darle la sorpresa cuando llegue, pero mis ojos captan una palabra en la pantalla que me detiene en seco: Confirmación.

Leo el correo. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Sudán. Una agencia internacional. Tres meses. Un billete de ida programado para dentro de dos semanas.

El aire se escapa de mis pulmones como si me hubieran golpeado con un stick en el plexo solar. No veo su talento reconocido, ni su sueño cumplido. Lo único que veo es el cronómetro de una bomba que ella ha activado sin avisarme. El trauma de los Vance —el de ser abandonados cuando ya no somos útiles para la gloria ajena— me recorre la sangre como ácido.

Oigo el sonido de la cerradura. Sloane entra, tarareando algo en voz baja, dejando las llaves en el cuenco de la entrada. Se detiene al verme ahí, de pie junto a su secreto.

—Tyler... me has asustado —dice, pero su voz se apaga cuando nota mi expresión—. ¿Qué haces con mi ordenador?

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —mi voz es un trueno contenido —. ¿En el aeropuerto? ¿O simplemente me habrías dejado una foto firmada sobre la mesa antes de marcharte a que te disparen en mitad del desierto?

Sloane deja su bolso y se acerca, con la barbilla en alto, activando su modo defensivo.

—He recibido la confirmación hoy mismo. Iba a decírtelo, pero no así.

—¡Mentira! —golpeo la mesa con la palma de la mano, haciendo que el portátil salte—. Has estado planeando tu huida mientras me dejabas entrar en tu cama. Has usado este pueblo, este equipo y me has usado a mí como un maldito trampolín para llegar a donde querías. ¿Qué soy para ti, Sloane? ¿Solo una práctica de enfoque antes de ir a por la noticia de verdad?

—¡No te atrevas a decir eso! —grita ella, dándome un empujón que apenas me mueve, pero que me quema—. He trabajado toda mi vida para esto. Es mi carrera, Tyler. Lo que tú haces cada maldita noche bajo los focos mientras yo te espero en la sombra.

—¡Tu carrera es lanzarte de cabeza a una guerra! —me acerco a ella, invadiendo su espacio, ciego de rabia y miedo—. Si me amaras, no estarías buscando la primera oportunidad para poner diez mil kilómetros de distancia.

—¡Si tú me amaras, estarías orgulloso en lugar de intentar enjaularme! —me devuelve el grito, con lágrimas de frustración brillando en sus ojos—. Pero no quieres una mujer, Vance. Quieres una fan. Quieres a alguien que se quede sentada en la grada asegurándose de que tu ego no sufra ni un rasguño. Quieres que me muera de asco en este pueblo solo para que tú te sientas seguro cuando regreses de tus partidos.

—Al menos aquí estás a salvo —gruño, agarrándola por los brazos, no con fuerza, pero sí con una desesperación posesiva.

—Aquí estoy muerta, Tyler. Y tú eres el que sostiene la pala.

Nos quedamos jadeando, nariz contra nariz, en mitad de un salón que se ha convertido en un campo de batalla. El encuadre de nuestra relación se ha roto en mil pedazos. Ella me mira como si fuera su carcelero, y yo la miro como si fuera el fantasma de mi padre abandonándonos otra vez.

En este momento, no somos amantes; somos dos heridos intentando desangrar al otro para no sentir su propio dolor.

Capítulo 30: Pura piel

El silencio de la montaña no es pacífico; es una presión que te obliga a escuchar el estruendo de tus propios pensamientos. Hemos venido a la cabaña de los Vance bajo el pretexto de "hablar", de encontrar una tregua entre los escombros de nuestra discusión, pero en cuanto la puerta se ha cerrado, las palabras han muerto en nuestras gargantas. Se sienten inútiles, pequeñas frente a la magnitud del abismo que se abre entre nosotros.

Tyler está de pie junto al ventanal. La luz de la luna baña su espalda, dibujando en plata la cordillera de sus músculos y la tensión que parece estar a punto de partirlo en dos. Parece un hombre hecho de granito y sombra. Me acerco. No hay visor de por medio, no hay filtros. Solo la piel. Cuando mis dedos rozan la calidez de su espalda, él suelta un suspiro que suena como un desgarro físico. Se gira con una lentitud tortuosa y me mira con una desesperación que me encoge el estómago. Sus manos, grandes y ásperas, me agarran el rostro con una urgencia que no admite réplicas.

—Dime que no es un adiós —susurra contra mis labios, y su aliento es lo único caliente en esta habitación helada.

No respondo. No puedo mentirle con palabras, así que uso mi boca para sellar la suya.

Su beso sabe a sal y a una despedida que me niego a tragar. La atraigo hacia mí, estrellando su cuerpo contra el mío con una necesidad que bordea la violencia. Necesito marcarla. Necesito que mi calor se filtre bajo su piel para que, cuando esté en Sudán, cuando el sol de la sabana la queme, recuerde que yo fui el primer incendio que no supo apagar.

La llevo hacia la cama con movimientos torpes, cegado por un hambre que no tiene nada que ver con el sexo y todo que ver con la permanencia. La despojo de la ropa como si estuviera buscando la verdad desnuda bajo las capas de su ambición. Cuando mi piel entra en contacto con la suya, el mundo —el hockey, los mapas, los fantasmas de Detroit— desaparece. Me pierdo en ella. La poseo con una intensidad que me asusta, mis manos recorriendo sus curvas,

memorizando la textura de sus muslos, el arco de su espalda. Cada vez que me hundo en ella, es un grito silencioso: Quédate. Maldita sea, quédate conmigo.

No es solo el deseo. Es una entrega total y desesperada. Tyler me trata como si fuera algo infinitamente valioso y, al mismo tiempo, como si quisiera devorarme para que nunca pueda marcharme. Su agresividad es previsible, es el portero defendiendo su red, pero es su ternura lo que me destruye. La forma en que apoya su frente contra la mía mientras se mueve dentro de mí, la forma en que sus dedos entrelazan los míos con una fuerza que me hace temblar, la forma en que besa mis hombros con una suavidad que nunca creí que un hombre tan duro poseyera.

Eso es lo que me aterra. Su ternura es un ancla mucho más pesada que cualquier cadena. Me aferro a él, clavando las uñas en su espalda, tratando de memorizar la dureza de sus músculos. Quiero llevarme este tacto grabado en las yemas de mis dedos. Quiero que este orgasmo, que llega como una ola violenta, oscura y dolorosa, sea el último fotograma que vea antes de dormir en tierras extrañas.

La siento temblar bajo mi cuerpo mientras llegamos juntos al límite. Es una explosión de alivio y agonía. La abrazo con todas mis fuerzas, escondiendo el rostro en su cuello, inhalando su aroma a lluvia por última vez con esta intensidad. Ella se aferra a mí, pero siento cómo sus dedos empiezan a relajarse. El adiós está ahí, disfrazado de este sudor compartido y de los latidos de nuestros corazones que, por un breve instante, han golpeado al unísono. He intentado marcarla para que no se marche, pero mientras la luz azulada del alba empieza a filtrarse por la madera, me doy cuenta de que soy yo el que ha quedado expuesto para siempre.

Capítulo 31: El peso del ancla

El amanecer en la montaña no trae claridad, solo un frío azulado que se cuela por las rendijas de la madera. El calor de la noche se ha evaporado, dejando paso a esa realidad cruda que siempre llega cuando se apaga el deseo.

Tyler está sentado en el borde del porche, descalzo, con una manta gris sobre los hombros que lo hace parecer más una estatua de piedra que el hombre que me ha desarmado hace unas horas. El aire me quema los pulmones, recordándome que sigo viva, aunque por dentro me sienta hecha pedazos.

Él no se gira. Sigue mirando hacia el bosque, donde la niebla se enreda entre los pinos como un sudario.

—He hablado con Marcus —suelta de pronto, y su voz es un susurro roto por la falta de sueño—. Si te quedas, él puede mover hilos. Hay agencias en Denver, en Nueva York, incluso en Chicago. Podría conseguirte cualquier trabajo de fotografía deportiva o de moda en el país. El mejor equipo, el mejor sueldo. No tendrías que volver a preocuparte por las acreditaciones de segunda mano.

Cierro los ojos, apretando la barandilla hasta que la madera me clava sus astillas. Me duele que piense que esto se trata de dinero o de estatus. Me duele que intente comprar mi permanencia con la influencia de un hombre al que ambos despreciamos, como si mi ambición fuera un incendio que se apaga con billetes.

—Tyler, mírame —le pido.

Él lo hace. Sus ojos están inyectados en sangre, cargados de una vulnerabilidad tan extrema que me dan ganas de arrojar mi pasaporte al fuego y quedarme en sus brazos para siempre. Pero sé que ese sería el principio de nuestro odio.

—No quiero que Marcus me consiga un trabajo en una revista de Denver —digo con voz firme, a pesar del nudo que me estrangula la garganta—. No quiero ser la fotógrafa "protegida" del portero estrella.

—Solo quiero que estés a salvo, Sloane. Solo quiero que estés aquí, donde pueda verte.

Doy un paso hacia él, sintiendo el peso de cada decisión que me ha traído hasta este porche.

—Vail Creek es tu hogar, Tyler. Es el lugar donde eres un dios, donde tienes tu red y tu apellido para cubrirte las espaldas. Pero para mí... para mí este pueblo es un ancla. —Hago una pausa, y las palabras salen como cristales rotos de mi boca—. Y yo no puedo morir en vida solo para que tú te sientas seguro. Si me quedo por ti, terminaré convirtiéndome en una sombra. Y prefiero que me duela tu ausencia a que me asfixie tu presencia.

Tyler se tensa como si le hubiera dado un latigazo. Se pone en pie, la manta resbalando de sus hombros, dejándolo expuesto al frío cortante. No hay súplicas, no hay más ofertas de Marcus Thorne. Solo un silencio pesado, el tipo de silencio que precede al desmoronamiento de un glaciar.

Él ha entendido que mi libertad no es un capricho, es mi identidad. Y yo he entendido que, por mucho que lo ame, no puedo salvarlo de su miedo a la soledad si eso significa perderme a mí misma en el proceso.

Capítulo 32: Exposición pública

El silencio en el vestuario de los Blizzard suele ser sagrado, una mezcla de respeto y concentración. Pero hoy, el silencio es diferente. Es un silencio espeso, cargado de una lástima que me revuelve el estómago más que cualquier derrota en el hielo.

Estoy sentado frente a mi taquilla, ajustándome las protecciones de las piernas, cuando noto que nadie habla. Liam está de pie junto a su sitio, mirando su teléfono con una expresión de horror. Samuel está al fondo, inmóvil, con la mandíbula tan apretada que parece que se le va a romper.

—Tyler —dice Liam, con una voz que no reconozco—. Tienes que ver esto.

Me lanza el móvil. La pantalla brilla con la luz obscena de una revista de cotilleos nacional. El titular es un disparo directo al centro de mi pecho:

«EL MURO DESNUDO: LA FOTÓGRAFA INFILTRADA QUE SEDUJO AL PORTERO ESTRELLA PARA VENDER SU INTIMIDAD».

Debajo, la primera imagen me quita el aire. Soy yo. En el lago Mirror. Estoy sin casco, relajado, con el torso desnudo y el pelo revuelto, mirando a cámara con una expresión de vulnerabilidad que nunca, jamás, he mostrado a nadie que no fuera ella. Sigo bajando. Hay más. Fotos mías durmiendo en su sofá, fotos de mi espalda en la cabaña, fotos que capturan momentos en los que yo no era el portero de la NHL, sino simplemente un hombre enamorado.

Son fotos que solo Sloane pudo haber tomado. Fotos que solo estaban en su tarjeta de memoria.

Siento que el suelo desaparece bajo mis patines. El calor sube por mi cuello, una mezcla de vergüenza y una traición tan profunda que me quema los pulmones. No es solo que el mundo esté viendo mi piel; es que están viendo mi alma, y el titular dice que ella la puso en venta para comprar su propia gloria.

Levanto la vista y me encuentro con los ojos de mis compañeros. No hay burlas. Solo hay esa mirada de "pobre idiota". Samuel se

acerca a mí, y por primera vez en mi vida, no veo al capitán severo, sino a un hermano que mira a un herido de muerte.

—Tyler... Marcus está furioso. Dice que ella ha filtrado todo para promocionar su reportaje en África —murmura Samuel, poniendo una mano en mi hombro.

Le quito la mano de un golpe. Me pongo en pie, sintiendo que la armadura de portero pesa cien kilos. Me han arrancado la piel delante de todo el país. La mujer por la que estaba dispuesto a cuestionar toda mi vida, la mujer que decía que yo era su único "enfoque", me ha convertido en mercancía de saldo.

—No quiero oír su nombre —suelto, y mi voz suena muerta, hueca —. No quiero volver a verla.

Salgo del vestuario hacia el túnel, ignorando los flashes de los periodistas que ya se agolpan en la entrada. Cada paso que doy sobre el cemento frío es un recordatorio de mi estupidez. Ella no buscaba mi verdad; buscaba el encuadre perfecto para su billete de salida. Y yo, como un ciego, le entregué las llaves de la única red que nunca supe proteger: la mía.

Capítulo 33: Traición revelada

El mundo se ha vuelto una pesadilla de flashes y miradas de asco. Corro por el aparcamiento del estadio, esquivando a los reporteros que me gritan preguntas sobre mi «estrategia de seducción». Mi corazón golpea contra mis costillas, no por el esfuerzo, sino por el pánico puro.

Me han robado. Alguien entró en mi estudio, alguien hackeó mis archivos. Esas fotos nunca debieron salir de mi disco duro. Eran mi tesoro, la prueba de que Tyler era real cuando nadie más lo miraba. Y ahora son el arma con la que nos están ejecutando a ambos ante la opinión pública.

Llego a la entrada de prensa, pero dos guardias de seguridad —hombres que antes me saludaban con un asentimiento— me cortan el paso, cruzando sus brazos como vigas de acero.

—No podéis hacerme esto —jadeo, buscando mi acreditación con dedos que no me obedecen—. Necesito entrar. Necesito hablar con él.

—Lo siento, Sloane —dice uno de ellos, pero su voz está teñida de un desprecio que me hace retroceder—. Órdenes directas de Marcus Thorne. Tu acreditación ha sido revocada. Tienes prohibida la entrada a cualquier instalación de los Blizzard. Permanentemente.

—¡Ha sido un robo! ¡Tienen que escucharme! —grito, desesperada, intentando zafarme de su agarre.

A través de las puertas de cristal reforzado, veo pasar a algunos jugadores hacia el hielo. Liam se detiene un segundo, me mira con una decepción profunda y aparta la vista como si fuera algo infecto que acaba de encontrar en el suelo. El equipo, mi pequeña familia de estos meses, me ha borrado. Para ellos, soy la espía, la oportunista, la mujer que usó el corazón de su portero para comprarse una carrera internacional.

Entonces, lo veo a él.

Tyler camina por el pasillo interior hacia el túnel de acceso. Lleva el uniforme puesto, pero se mueve con una rigidez que delata la

herida abierta. Siente mi presencia a través del cristal y se detiene. Gira la cabeza lentamente.

Espero un grito, una exigencia de explicaciones, incluso un insulto que pueda responder. Pero lo que recibo es mucho peor: frialdad absoluta.

Sus ojos, que hace unas horas me miraban con una ternura que me asustaba, ahora son dos pozos de hielo negro. No hay duda en su mirada, no hay rastro de la conexión que compartimos en la cabaña. No me pregunta qué ha pasado; en su mente, la sentencia ya está dictada. Para Tyler Vance, solo soy la última persona en una larga lista de abandonos. Cree que lo he vendido por una portada. Cree que cada caricia fue una pose para su ruina profesional.

Esa mirada me quema por dentro, reduciendo a cenizas cualquier esperanza. Intento golpear el cristal, gritando su nombre hasta que me arde la garganta, pero él vuelve la cara y sigue caminando hacia la oscuridad del túnel sin mirar atrás ni una sola vez.

Los guardias me empujan hacia atrás, hacia la lluvia de flashes de los paparazzi que se relamen con mi derrota. Estoy sola. Marcus Thorne ha ganado: ha levantado el muro de nuevo, y esta vez, yo me he quedado del lado de fuera, con las manos vacías y el alma destrozada.

Capítulo 34: Sin flash

El eco de los patines sobre el caucho del túnel suena como una cuenta atrás. El aire aquí abajo es viciado, frío, con ese olor metálico a sudor y goma quemada que suele darme fuerzas, pero que hoy me asfixia. Llevo la máscara puesta, aunque no para protegerme de los discos, sino para ocultar lo que queda de mí tras la rejilla.

Marcus ha cometido un error: ha dejado un resquicio. O quizás ha sido ella, que conoce las sombras de este estadio mejor que nadie. Sloane está allí, esperando en la penumbra del túnel de acceso, justo antes de que el pasillo desemboque en la luz cegadora del hielo.

Me detengo a dos metros. El peso de las protecciones me aplasta, pero la presión en mi pecho es mucho más letal. Ella da un paso hacia adelante. No lleva su cámara colgada al cuello. Sin ese objetivo entre nosotros, parece desprotegida, pequeña y dolorosamente real.

—Tyler, por favor —su voz tiembla, rompiéndose en la humedad del túnel—. Tienes que escucharme. No fui yo. Me robaron los archivos, alguien entró en el estudio... hackearon mi nube...

No digo nada. El silencio es mi única red ahora, un muro de hielo que espero que no pueda atravesar. La miro a través del acero de mi casco, viendo sus labios moverse, viendo esas lágrimas que hace una noche me habrían hecho arrodillarme. Ahora solo me parecen otra forma de distorsión cromática.

—Te amo, Tyler —susurra, y la palabra suena como un eco perdido en una catedral vacía—. Nunca te haría esto. Tú eres mi vida, no ese reportaje. No Sudán.

—Basta —mi voz sale de un lugar muy profundo y muy oscuro. Es una voz que no reconozco, despojada de cualquier rastro de la ternura que ella tanto temía en la cabaña.

Saco la mano del guante de portero, lenta, deliberadamente. Siento el frío del metal en mis dedos cuando extraigo la llave de su apartamento que guardaba en el bolsillo interior de mi bolsa de equipo. Se la tiendo. No busco su mano; espero a que ella abra la

palma por puro instinto, dejando que la llave caiga como un casquillo de bala gastado. El "clink" del metal contra el suelo del túnel suena como una sentencia.

—Conseguiste lo que querías, Sloane —digo, y cada palabra es un clavo en nuestro ataúd—. Tienes tu gran historia. Tienes el drama, el escándalo y el billete de salida que tanto ansiabas. Has convertido mi intimidad en una exposición pública para no tener que quedarte en ella.

—¡No es verdad! —solloza, intentando agarrarme del brazo, pero me aparto con un movimiento brusco, un rechazo físico que la hace retroceder.

—Vete —la corto, y mis ojos tras la máscara están vacíos, secos—. Vete a Sudán. Vete a buscar tu gloria entre las cenizas de otros. Pero sal de mi vista ahora mismo, antes de que empiece a odiarte tanto como me odio a mí mismo por haber creído, por un solo segundo, que me mirabas a mí y no a tu próximo premio.

Sloane se encoge, como si mis palabras fueran impactos de disco a pecho descubierto. Me mira una última vez, buscando una grieta, un rastro del hombre que la sostuvo bajo la luz roja. No encuentra nada.

Se da la vuelta y echa a correr hacia la salida, hacia la luz gris de la calle. Yo me quedo allí, inmóvil en la penumbra. Escucho cómo se cierran las puertas pesadas al fondo y, en ese instante, el flash de mi vida se apaga.

Vuelvo a colocarme el guante. Ajusto la máscara. El partido está a punto de empezar, y el estadio ruge mi nombre fuera, pidiendo al "Muro" que detenga todos los golpes. No saben que el disco más importante ya ha pasado de largo y me ha destrozado el corazón por el camino.

Capítulo 35: El banquillo

El rugido del estadio contra Detroit suena lejano, como si estuviera atrapado bajo una capa de hielo de un metro de espesor. Miles de personas gritan mi nombre, pero no siento la descarga de adrenalina ni ese hambre de victoria que solía ser mi oxígeno. Solo siento un frío vacío que se expande desde el centro de mi pecho hacia las puntas de los dedos.

Estoy en el hielo, pero soy una cáscara vacía. Un uniforme de Blizzard relleno de recuerdos que me están asfixiando. El disco sale disparado desde la línea azul. Es un tiro limpio, previsible, de los que detendría dormido. Mis ojos ven la trayectoria, pero mi cerebro no envía la orden a mi guante. No me importa. El caucho golpea la red con un sonido seco, definitivo.

Gol.

No siento rabia. Los defensas pasan por mi lado, golpeando sus sticks contra el hielo. Jax pasa rozándome, soltando un insulto entre dientes que ignoro, su mirada cargada de una agresividad que ya no es deportiva, sino destructiva. Mis ojos buscan involuntariamente la posición de prensa, allí donde Sloane solía estar, encuadrando mi vida. Pero hoy no hay nadie. Solo un hueco negro entre la multitud.

En diez minutos, Detroit marca dos veces más. Tres a cero. La grada empieza a cambiar los vítores por un abucheo ensordecedor que se estrella contra mi máscara.

El silbato suena. Samuel pide un tiempo muerto. Mi hermano patina hacia la red. No trae la mirada de apoyo de antes; tiene el rostro desencajado por una decepción que duele más que el hielo. Me mira como si el nombre Vance en mi espalda fuera un error de imprenta.

—Se acabó, Tyler —dice Samuel, y su voz apenas se oye sobre el clamor—. Sal del hielo. Ahora mismo.

—Puedo arreglarlo... —miento, con los brazos pesando como plomo fundido.

—No, no puedes. No estás aquí. —Me pone una mano en el pecho y me empuja hacia el banquillo—. Estás en otra parte. Nos estás

hundiendo, Tyler. Ya pasé por esto con Grace y Liam; pasé por el escrutinio, por la traición y por el miedo a perderlo todo. Te defendí cuando todos dudaban de ti, pero no voy a dejar que entierres al equipo por una obsesión que te ha nublado el juicio.

—Yo estuve a tu lado cuando nadie más lo estuvo, Samuel —le suelto, sintiendo por fin un chispazo de fuego—. Cuando el pueblo te llamaba fracasado en Detroit, yo fui el único que no te soltó la mano.

—Por eso mismo duele tanto —responde él, con una frialdad que me hiela la sangre—. Porque yo te enseñé a ser un muro, no una grieta.

Camino hacia la banda bajo una lluvia de abucheos. Me siento en el extremo de la madera, lejos de los demás. Al otro lado del banquillo, veo a Jax discutiendo con uno de los asistentes, su mandíbula apretada y sus ojos inyectados en una furia que Marcus Thorne no va a poder controlar por mucho tiempo. Jax es una bomba de relojería, pero ahora mismo, yo soy el escombro que ha quedado tras la explosión.

Me quito la máscara con manos temblorosas y me cubro la cabeza con una toalla blanca, sumergiéndome en mi propia penumbra.

Aquí abajo, el ruido se amortigua, pero el silencio interior es insoportable. Lo entiendo ahora, con la claridad cruel de la derrota. Lo he perdido todo. He perdido la portería y he perdido a la única mujer que no miraba al "Muro", sino que se atrevía a ver al hombre que se escondía detrás. La eché de mi vida por miedo a que me abandonara, y en el proceso, me he abandonado yo mismo.

Mientras el partido continúa sin mí, entiendo que Vail Creek ya no es mi reino. Es solo el lugar donde me he quedado solo, esperando a que alguien, por piedad, apague las luces del estadio.

Capítulo 36: La verdad revelada

La sala de embarque del Aeropuerto Regional de Eagle County es un espacio estéril, bañado por una luz fluorescente que hace que todo parezca artificial. A mi alrededor, los viajeros se quejan de los retrasos por la nieve, pero yo solo escucho el zumbido de mi propia rabia. Mi maleta está facturada y el billete a Sudán quema en el bolsillo de mi chaqueta. Debería sentirme ligera. Debería estar saboreando el inicio de mi libertad.

En lugar de eso, siento una bilis amarga en la garganta. No voy a permitir que Tyler Vance me recuerde como la mujer que lo vendió. No voy a dejar que Marcus Thorne gane esta partida. Mi orgullo vale más que su perdón, y mi nombre no va a ser el pie de foto de una traición que no cometí.

Saco el portátil y lo apoyo sobre mis rodillas, ignorando la mirada curiosa de una mujer sentada a mi lado. Mis dedos vuelan sobre el teclado con una precisión quirúrgica. Como fotógrafa, vivo de los rastros digitales. Abro el portal de la revista de cotilleos y descargo el archivo original de la filtración.

Los metadatos no mienten. Son la huella dactilar de la imagen.

Rastreo la ruta de acceso de mi propia nube. Ahí está: una entrada no autorizada desde una dirección IP vinculada a la red Wi-Fi del bar Sin Bin, la misma noche en que el periodista me invitó a una copa y "accidentalmente" golpeó mi tablet sobre la mesa. El muy imbécil pensó que borrar el historial del navegador bastaría, pero la firma del hackeo quedó grabada en el registro de seguridad de mi cuenta.

Adjunto las capturas de pantalla, los logs de acceso y la comparativa de horas. Redacto un correo electrónico corto, frío y definitivo.

Para: Marcus Thorne, Samuel Vance.

CC: Tyler Vance.

Asunto: Metadatos y autoría del robo.

«No necesito vender a nadie para ser alguien. Mi carrera se basa en la verdad, no en el escándalo. Aquí tenéis las pruebas de cómo

ese periodista hackeó mi tablet en el Sin Bin mientras yo confiaba en la gente de este pueblo. Samuel, cuida de tu hermano. Marcus, espero que el seguro de responsabilidad civil de tu agencia cubra la demanda por difamación que recibirás si esto no se aclara públicamente. Adiós, Tyler».

Le doy a enviar. El sonido del correo saliendo es el único disparo que necesito para cerrar esta etapa. No espero respuesta. No busco una reconciliación de película. Solo busco que, cuando cierren los ojos por la noche, sepan que el "Muro" cayó porque ellos le quitaron los cimientos, no yo.

—Pasajeros del vuelo con destino a Denver y conexión internacional, por favor, acérquense a la puerta 4 —anuncia la megafonía.

Me pongo de pie, ajustando la mochila a mis hombros. He limpiado mi nombre, pero el vacío en mi pecho sigue pesando una tonelada. He ganado la batalla de la verdad, pero he perdido al hombre que me hizo creer que el invierno podía ser cálido. Mientras camino por el finger hacia el avión, me doy cuenta de que la gloria profesional es un premio muy solitario cuando no tienes a quién mirar al otro lado del objetivo.

Capítulo 37: El consejo de don Mateo

Afuera, Vail Creek se deshace bajo una lluvia de primavera persistente y gris, de esas que limpian la nieve sucia de las aceras pero no el ánimo de los hombres. He buscado refugio en el único lugar donde el silencio no me juzga: la librería de don Mateo. Estoy sentado en el suelo, en el rincón más oscuro de la sección de historia, con la espalda apoyada en un estante y el correo de Sloane quemándome la mente.

Las pruebas estaban ahí. Los metadatos, las IPs, la verdad desnuda. Ella no me vendió. Yo la vendí a ella en el momento en que dejé que mi pasado dictara mi presente.

Escucho el arrastrar de unos pasos cansados. Don Mateo aparece por el pasillo, con su chaleco de lana y ese olor a papel viejo y tabaco de pipa que siempre lo rodea. No se sorprende al verme hecho un desastre entre sus libros. Se queda mirándome un momento, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Las librerías son para buscar respuestas, Tyler, no para esconderse de las preguntas —su voz es suave, pero tiene el filo de la autoridad.

—Lo he arruinado todo, Mateo —respondo sin levantar la cabeza —. Ella se ha ido. Y tenía razón. Todo este tiempo pensé que la estaba protegiendo, que estaba protegiendo al equipo... pero solo estaba protegiendo mi propio miedo a que me volvieran a romper.

Mateo se sienta con dificultad en una pequeña banqueta de madera frente a mí. Me mira fijamente, con esos ojos que parecen haber visto pasar mil inviernos.

—Tu problema, muchacho, es que confundes la obsesión con el amor. Has pasado tanto tiempo siendo "El Muro", dentro y fuera del hielo, que has olvidado que las paredes no solo impiden que otros entren; también te impiden a ti salir.

—Solo quería que nada fallara —susurro.

—Exacto. Y ese es tu mayor pecado —Mateo señala hacia la ventana, donde la lluvia golpea el cristal—. Un portero que intenta atraparlo todo, que quiere controlar cada centímetro del disco y cada

intención del rival, acaba con las manos vacías si no sabe cuándo dejar que el juego fluya. La vida no es un partido que se pueda ganar por bloqueo, Tyler. El amor requiere manos abiertas, no puños cerrados.

Me quedo en silencio, sintiendo cómo sus palabras derriban la última defensa que me quedaba.

—Tu desconfianza fue el verdadero gol que encajó tu vida —continúa él, implacable—. No fue ese periodista, ni fue la ambición de Sloane. Fuiste tú, apretando tanto el agarre que terminaste asfixiando lo único que te hacía respirar. Si no aprendes a soltar el control, pasarás el resto de tus días en ese banquillo, mirando cómo los demás viven mientras tú solo vigilas que nadie te toque.

Me pongo en pie lentamente. Me duelen los músculos, me duele el orgullo, pero por primera vez en días, la niebla en mi cabeza empieza a disiparse. Miro a don Mateo y él asiente, una sola vez, dándome la bendición silenciosa que mi hermano no pudo darme.

—Ella no es un disco que tengas que atrapar, Tyler. Es el aire que te permite jugar.

Salgo de la librería sin paraguas. La lluvia me empapa en segundos, pero ya no me importa el frío. Tengo que llegar al estadio. No para salvar el partido de esta noche, sino para intentar salvar al hombre que ella vio antes de que yo lo enterrara bajo capas de desconfianza.

Capítulo 38: Último periodo

El aeropuerto es un limbo de metal y cristal, pero el destino tiene un sentido del humor retorcido: una tormenta de nieve en el paso de montaña ha dejado en tierra todos los vuelos. Mientras los demás pasajeros protestan contra el mostrador, yo sentí un alivio que me erizó la piel. No podía marcharme con ese sabor a ceniza en la boca.

He regresado al Ice Palace, pero no soy la fotógrafa estrella. No soy la mujer del escándalo mediático. Soy una mancha anónima entre la multitud, sentada en la última fila de la grada superior, donde el aire es más ralo y el rugido del estadio se siente como un trueno distante y constante.

Mis manos se sienten extrañas, ligeras de una forma que casi me duele. Por primera vez en años, no tengo el peso de mi Canon contra el pecho. No hay una correa rozándome el cuello, ni una lente que medie entre la realidad y yo, ni un visor que encuadre el mundo para hacerlo más soportable. Solo tengo mis ojos. Y me arden de tanto buscarlo en el centro de la pista.

Ahí está él.

Desde esta altura, Tyler no es el gigante invencible de las vallas publicitarias. Es una figura solitaria bajo el resplandor blanco y violento de los focos, un hombre rodeado de hielo que parece cargar con el peso de todo Vail Creek sobre sus hombros. La final de la Copa ha llegado al tercer periodo y el marcador está empatado. La tensión es un cable de acero a punto de romperse sobre nuestras cabezas.

Me hundo en mi abrigo, escondiendo mi rostro bajo un gorro de lana gris. Nadie me reconoce. Soy solo una espectadora más, una de las miles de almas que contienen el aliento cada vez que el disco vuela hacia la red de los Blizzard.

Pero hay una diferencia vital. Los que me rodean miran el marcador; yo solo lo miro a él.

Me doy cuenta de que, durante meses, lo observé como un objetivo. Buscaba la tensión de su mandíbula para mi portafolio, el ángulo de sus hombros para mi composición, el brillo de sus ojos

para mi propia gloria. Fui tan culpable como él de convertir lo nuestro en una transacción de imágenes. Lo encuadré hasta asfixiarlo.

Hoy, sin embargo, no quiero la foto perfecta. No me importa si encaja un gol o si hace la parada de su vida. Solo quiero que esté bien. Quiero que ese hombre, que me abrazó en la cabaña con una ternura que le desgarraba el alma, encuentre la paz que tanto le falta.

El locutor grita algo por la megafonía, pero no proceso las palabras. Solo veo el movimiento de Tyler. Está diferente. Ya no se mueve con esa rigidez defensiva, con esa furia de quien siente que tiene que proteger un secreto bajo llave. Hay una fluidez nueva en sus gestos, una especie de aceptación.

Estoy aquí, en la última fila, invisible para todos, incluso para él. Y por primera vez en mi vida, el hecho de no capturar el momento no me hace sentir que lo pierdo. Al contrario. Al no tener la cámara entre nosotros, finalmente puedo verlo de verdad. Estoy aquí solo por Tyler. No por la fotógrafa, no por la carrera en África, no por el prestigio. Solo por el hombre que, incluso en su peor momento, me hizo sentir que mi corazón no era un accesorio de mi equipo fotográfico.

El cronómetro empieza su cuenta atrás final. Siete minutos para la gloria o el abismo. Aprieto los puños dentro de los bolsillos y murmuro su nombre, sabiendo que el ruido se lo llevará, pero esperando que, de alguna forma, le llegue como un susurro de calor en medio de todo ese hielo.

Capítulo 39: El muro definitivo

El frío ya no me muerde; ahora me pertenece.

Estamos en los últimos cinco minutos del tercer periodo de la Final de la Copa. El marcador parpadea en un 2-2 que quema el aire, pero mi mente está en una calma absoluta, una que nunca había experimentado en doce años de carrera profesional. Ya no escucho los gritos de Marcus desde el palco, ni siento la presión de la mirada de Samuel sobre mi nuca exigiendo una perfección robótica. He dejado de jugar para demostrar que soy un Vance digno de la estirpe; he dejado de cargar con el fantasma de la lesión de mi hermano. Estoy jugando porque, por primera vez, entiendo lo que Mateo quiso decir: he dejado de intentar atrapar el mundo para simplemente dejarlo fluir a través de mi guante.

El disco viaja a una velocidad suicida, rebotando en los tableros con un sonido de metralla. Veo a Jax en el círculo, golpeando su stick con una agresividad casi ciega; su energía es oscura, incontrolable, un presagio de que algo en él está a punto de romperse. Pero yo lo veo todo en cámara lenta. Mi cuerpo responde antes de que el pensamiento se formule. Un desvío con el hombro, una parada con la punta del patín, un bloqueo seco contra el pecho. No es esfuerzo; es una danza. Sloane me enseñó a encontrar la belleza en el caos, a mirar el encuadre completo de la vida y no solo el punto de impacto del dolor.

Ella me enseñó a ver, y ahora, por fin, veo.

Hay un silbato. Saque neutral en nuestra zona. El estadio se sumerge en uno de esos silencios tensos y eléctricos, donde solo se oye el jadeo pesado de los jugadores y el roce de las cuchillas contra el hielo herido. Me incorporo, sacudiendo la nieve de mis protectores. Samuel pasa a mi lado y me golpea suavemente el casco. No hay órdenes, solo un reconocimiento silencioso entre hermanos que han sobrevivido a sus propios infiernos.

Por un impulso que nace de la boca del estómago, levanto la vista hacia las gradas. No miro a la zona de prensa ni busco los palcos VIP donde Grace y Liam observan con el corazón en un puño. Barro con

la mirada las filas más altas, las sombras donde la luz de los focos apenas llega a lamer el cemento.

Y entonces, la encuentro.

Es solo un destello, una chispa de luz en la última fila, justo debajo de las vigas del techo. No hay una cámara ocultando su rostro. No hay un objetivo profesional devolviéndome el reflejo del sol. Son solo sus ojos, desnudos. A pesar de la distancia, a pesar de las miles de personas que rugen entre nosotros, reconozco ese brillo. Es la mirada de la mujer que me vio vulnerable en el lago y no se aprovechó de ello. Es la mirada de la única persona que me amó sin condiciones cuando yo más me odiaba a mí mismo.

Ella no se ha ido. Se quedó por mí.

Un calor violento me recorre el cuerpo, derritiendo el último rastro de miedo al abandono que heredé de los silencios de mi familia. Si ella está ahí, mirándome sin filtros, yo voy a darle el mejor cierre que jamás haya capturado. El Muro se vuelve, ahora sí, impenetrable. No porque sea de piedra, sino porque es de luz pura.

El disco vuelve a juego. Detroit ataca con todo, una marea roja que busca la red con desesperación. Lanzan una vez. Fuera. Lanzan otra. Atrapado. En el último segundo, un disparo a quemarropa busca el ángulo superior izquierdo, el hueco imposible. Me lanzo en una estirada que desafía la física, sintiendo que el tiempo se detiene mientras mi guante atrapa el caucho justo antes de que cruce la línea del destino.

La bocina final suena, desgarrando el aire del Ice Palace con un estruendo de gloria.

Los Blizzard han ganado. La Copa es nuestra. Mis compañeros saltan al hielo, gritando y lanzando sus guantes. Veo a Jax patinar hacia la banda con una expresión sombría, ignorando la celebración colectiva, pero yo no me muevo. Me quedo sobre mis rodillas, con la cabeza gacha, mirando el hielo que brilla bajo mis patines como si fuera un espejo de mi propia alma.

He ganado el partido, pero eso es lo de menos. Lo que importa es que ella sigue ahí, en la última fila, y esta vez no necesito una fotografía para saber que este momento es eterno. He roto el ciclo. He dejado de destruir lo que toco.

Capítulo 40: Declaración en el hielo

El ruido es ensordecedor, una masa crítica de gritos y bocinas que debería hacerme sentir en la cima del mundo. Mis compañeros son un torbellino de júbilo que me golpea la espalda, pero yo solo tengo una dirección en mente. Patino hacia la banda, ignorando el trofeo que Samuel ya levanta en el centro del hielo. Marcus Thorne sale a mi encuentro desde el banquillo, con una sonrisa de tiburón y un micrófono en la mano, listo para empaquetar mi victoria en un eslogan publicitario.

—¡Tyler! ¡El mundo quiere saber cómo se siente ser el héroe de la nación! —grita, bloqueando mi paso.

—Apártate, Marcus —le suelto. Mi voz corta más que el filo de mis cuchillas.

Él parpadea, confundido, pero lo aparto de un empujón firme, dejándolo fuera del encuadre ante las cámaras de la televisión nacional. No soy su producto. Nunca más seré el "Muro" que él diseñó.

Llego al cristal y ahí está ella. Ha bajado desde la última fila, abriéndose paso entre la multitud con el rostro empapado en lágrimas. La seguridad intenta frenarla, pero Samuel, que me observa desde el centro de la pista, hace una señal imperativa para que la dejen pasar. A su lado, veo a Grace y a Liam; mi hermana me dedica una sonrisa cómplice y Liam asiente con ese respeto de quien sabe lo que es arriesgarlo todo por la mujer adecuada. Tras el escándalo que ellos vivieron el año pasado, este es el sello de aprobación que mi familia necesitaba.

Me quito el casco de un tirón. Siento el aire frío, pero lo que tengo en las manos es mi verdadera piel. A través de la barandilla, le tiendo mi máscara de portero, esa armadura que ha sido mi escudo y mi celda.

—Tómala.

Mis manos tiemblan tanto que apenas puedo sujetar la rejilla de acero cuando él me la entrega. El peso de la máscara es real, frío, cargado de la historia de un hombre que se negaba a ser visto. Él

está frente a mí, sin filtros, con los ojos brillando con una intensidad que ninguna de mis lentes habría podido capturar.

—Tyler, yo... —mi voz se quiebra—. He visto el correo, yo nunca quise que Marcus...

—Shh —me interrumpe, y su voz, captada por los micrófonos de ambiente, resuena en los altavoces, silenciando a las veinte mil personas que nos rodean—. Lo sé todo. Pero esto no va de lo que ellos digan. Va de nosotros.

Se inclina sobre la barandilla, acortando la distancia hasta que puedo oler el hielo y la verdad en su piel.

—Vete a África, Sloane. Ve y haz las fotos que el mundo necesita ver. No dejes que nadie, ni siquiera un Vance, limite tu mirada. Pero vuelve.

Se le corta la respiración y me acaricia la mejilla con un dedo enguantado.

—Vuelve, porque ahora sé que mi único hogar no es esta red, ni este pueblo. Mi hogar es el encuadre donde estés tú. Si tú estás en la foto, yo siempre estaré a salvo.

Me atrae hacia él, rompiendo el protocolo y las leyes de la liga. Lo agarro del cuello de la camiseta mientras él me rodea la nuca con sus manos masivas. El beso es una explosión de alivio. Bajo la lluvia de confeti plateado, siento que por fin he encontrado la única imagen que no quiero revelar en un cuarto oscuro, sino vivir bajo la luz del sol.

Cerca de nosotros, el momento de paz se rompe por un segundo. Jax pasa patinando a toda velocidad, golpeando el cristal con una violencia innecesaria, su rostro es una máscara de odio puro mientras ignora a los periodistas. Marcus Thorne intenta acercarse a él, pero Jax le dedica un gesto que promete problemas legales. La tormenta de los Vance ha terminado, pero veo en los ojos de Jax que la suya acaba de empezar.

Capítulo 41: Perspectiva

El calor en el desierto de Sudán no es como el de Vail Creek; aquí el sol no reconforta, sino que pesa sobre los hombros como una advertencia. Sin embargo, mientras sostengo mi cámara frente a un horizonte que se tiñe de un naranja violento y hermoso, no me siento sola. El clic del obturador ya no es una forma de escapar del mundo, sino de capturarlo para el hombre que me espera al otro lado del océano.

El vestuario de los Blizzard huele igual que siempre: a cera de patines, a esfuerzo acumulado y a esa adrenalina que se queda pegada a las paredes. Pero mi taquilla ha dejado de ser un refugio aséptico. Justo al lado del espejo, donde recibo el primer impacto de mi propio cansancio cada mañana, hay una fotografía física. No es digital, no es un archivo en una nube vulnerable que alguien pueda hackear. Es papel real, revelado con cuidado artesanal, que llegó en un sobre sellado con el aroma de la arena lejana.

En la imagen, un amanecer abrasador sobre las dunas parece querer quemar los bordes de la foto. Al dorso, una caligrafía que reconozco mejor que mi propio nombre dice: «Casi tan cálido como tú. Te veo pronto en el enfoque». Acaricio el papel con la yema de los dedos antes de ponerme la camiseta. Esa foto es mi amuleto. Ella ha cumplido su sueño, y yo he aprendido que la verdadera fortaleza no consiste en ser un muro impenetrable, sino en saber que hay alguien que te recordará quién eres incluso cuando la red tiemble.

El Ice Palace está vestido de gala, pero hoy no hay hielo bajo nuestros pies, solo alfombras oscuras y paneles blancos que sostienen mi primera gran exposición: «El Muro y el Espejo». El aire acondicionado me eriza la piel, un recordatorio físico de que he vuelto a casa. Estoy nerviosa, ajustándome el vestido mientras los vecinos de Vail Creek deambulan entre mis fotos.

Veo a Grace y a Liam detenerse frente a una de las imágenes de Detroit; se dan la mano, compartiendo un silencio que habla de todas las cicatrices que logramos cerrar juntos. Samuel está cerca de

ellos, con una copa de champán y una expresión de paz que no tenía cuando terminó su propia historia en el libro anterior.

Entonces, el murmullo de la gente cambia. La multitud se abre y lo veo aparecer. Tyler no lleva su uniforme, sino un traje oscuro que lo hace parecer aún más imponente, pero sus ojos... sus ojos siguen siendo el único lugar donde no necesito esconderme. Se detiene frente a la foto del lago Mirror, la que casi nos destruye y que ahora es la pieza central de la galería. Se queda allí, mirando su propia vulnerabilidad expuesta, y luego se gira hacia mí.

—Bienvenida a casa, fotógrafa —susurra cuando me alcanza, rodeándome con esos brazos que tienen la capacidad de detener el tiempo.

—Ya te dije que volvería al encuadre —respondo, hundiendo la cara en su cuello y respirando por fin el aroma a pino y hogar.

La recepción es un éxito, pero mi instinto profesional nunca se apaga. Mientras la música suena, noto un movimiento brusco cerca de la entrada lateral. Levanto mi cámara por puro hábito, encuadrando la escena.

Allí, junto a una de las columnas de mármol, Jax, el defensa más problemático y explosivo de los Blizzard, está discutiendo agriamente con la nueva Jefa de Prensa. Sus rostros están a escasos centímetros, pero no hay rastro de amor en ese espacio; hay una electricidad estática, una furia contenida que amenaza con incendiar todo el Ice Palace. Ella le sostiene la mirada con una frialdad que desafía cada uno de sus músculos, mientras él aprieta un papel en su mano con una rabia que me hace contener el aliento. Me recuerda a la advertencia de Samuel: «Los Vance amamos demasiado fuerte o terminamos destruyendo lo que tocamos». Parece que Jax ha decidido que la segunda opción es la suya.

Clic.

Capturo el instante justo cuando una chispa de puro odio salta entre ellos. Es una mirada cargada de secretos y de un escándalo que está a solo un paso de estallar. Bajo la cámara y miro la pantalla. He capturado el comienzo de una tormenta. Otra historia, otro muro que derribar, otra guerra a punto de empezar en Vail Creek.

Pero hoy, por primera vez, yo no soy la que está en medio del fuego. Hoy, solo soy la mujer que sostiene la mano del hombre que ama mientras el mundo de los demás empieza a arder.